CARSON MCCULLERS

LA BALADA DEL CAFÉ TRISTE





Carson McCullers



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Carson McCullers

La balada del café triste



Municipalidad de
LIMA

Carson McCullers

Lula Carson Smith nació en Columbus, Georgia, el 19 de febrero de 1917. Fue una novelista, cuentista, poeta, dramaturga y ensayista estadounidense.

Luego de publicar su primera novela, *El corazón es un cazador solitario*, se ganó el apelativo de «niña prodigio de la literatura americana». En 1941, publica *Reflejos en un ojo dorado*, estudio sobre la homosexualidad y sobre los tortuosos caminos de un eros desviado libro que le fue reprochado de forma general por la crítica de la época debido a su sensacionalismo «gótico» y a la implícita celebración de lo irracional. En 1946, publicó *Franckie y la boda*, historia de una adolescente que, atormentada por la soledad y dividida entre el miedo y las ansias de medirse con la realidad, se hace ilusiones de poder compartir la nueva vida conyugal de su hermano.

Muere el 29 de septiembre de 1967 en Nueva York.

La balada del café triste
Carson McCullers

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LA BALADA DEL CAFÉ TRISTE

El pueblo de por sí ya es melancólico. No tiene gran cosa, aparte de la fábrica de hilaturas de algodón, las casas de dos habitaciones donde viven los obreros, varios melocotoneros, una iglesia con dos vidrieras de colores, y una miserable calle principal que no medirá más de cien metros. Los sábados llegan los granjeros de los alrededores para hacer sus compras y charlar un rato. Fuera de eso, el pueblo es solitario, triste; está como perdido y olvidado del resto del mundo. La estación de ferrocarril más próxima es Society City, y las líneas de autobuses Greyhound y White Bus pasan por la carretera de Forks Falls, a cinco kilómetros de distancia. Los inviernos son cortos y crudos, y los veranos blancos de luz y de un calor rabioso.

Si se pasa por la calle principal en una tarde de agosto, no encuentra uno nada que hacer. El edificio más grande, en el centro mismo del pueblo, está cerrado con tablones clavados y se inclina tanto a la derecha que parece que va a derrumbarse de un momento a otro. Es una casa muy vieja: tiene un aspecto extraño, ruinoso, que en el primer momento no se sabe en qué consiste; de pronto cae uno en la cuenta de que alguna vez, hace mucho tiempo, se pintó el ala derecha del porche delantero y

parte de la fachada; pero lo dejaron a medio pintar y un lado de la casa está más oscuro y más sucio que el otro. La casa parece abandonada. Sin embargo, en el segundo piso hay una ventana que no está atrancada. A veces, a última hora de la tarde, cuando el calor es más sofocante, aparece una mano que va abriendo despacio los postigos, y asoma una cara que mira a la calle. Es una de esas caras borrosas que se ven en sueños: asexuada, pálida, con unos ojos grises que bizquean hacia dentro tan violentamente que parece que están lanzándose el uno al otro una larga mirada de congoja. La cara permanece en la ventana durante una hora, aproximadamente; luego se vuelven a cerrar los postigos, y ya no se ve alma viviente en toda la calle. Esas tardes de agosto… Después de subir y bajar por la calle, ya no sabe uno qué hacer; en todo caso, puede uno llegarse hasta la carretera de Forks Falls para ver a la cuerda de presos.

Y lo cierto es que en este pueblo hubo una vez un café. Y esta casa cerrada era distinta de todas las demás, en muchos kilómetros a la redonda. Había mesas con manteles y servilletas de papel, ventiladores eléctricos con cintas de colores, y se celebraban grandes reuniones los sábados por la noche. La dueña del café era miss Amelia

Evans. Pero la persona que más contribuía al éxito y a la animación del local era un jorobado, a quien llamaban «el primo Lymon». Otra persona ligada a la historia del café era el exmarido de miss Amelia, un hombre terrible que regresó al pueblo después de cumplir una larga condena en la cárcel, causó desastres y volvió a seguir su camino. Ha pasado mucho tiempo; el café está cerrado desde entonces, pero todavía se le recuerda.

La casa no había sido siempre un café. Miss Amelia la heredó de su padre, y al principio era un almacén de piensos, guano, comestible y tabaco. Miss Amelia era muy rica: además del almacén, poseía una destilería a cinco kilómetros del pueblo, detrás de los pantanos, y vendía el mejor *whisky* de la región. Era una mujer morena, alta, con una musculatura y una osamenta de hombre. Llevaba el pelo muy corto y cepillado hacia atrás, y su cara quemada por el sol tenía un aire duro y ajado. Podría haber resultado guapa si ya entonces no hubiera sido ligeramente bizca. No le habían faltado pretendientes, pero a miss Amelia no le importaba nada el amor de los hombres; era un ser solitario. Su matrimonio fue algo totalmente distinto de todas las demás bodas de la región: fue una unión extraña y peligrosa, que

duró solo diez días y dejó a todo el pueblo asombrado y escandalizado. Dejando a un lado aquel casamiento, miss Amelia había vivido siempre sola. Con frecuencia pasaba noches enteras en su cabaña del pantano, vestida con mono y botas de goma, vigilando en silencio el fuego lento de la destilería.

Miss Amelia prosperaba con todo lo que se podía hacer con las manos: vendía menudillos y salchichas en la ciudad vecina; en los días buenos de otoño plantaba caña de azúcar y la melaza de sus barriles tenía un hermoso color dorado oscuro y un aroma delicado. Había levantado en dos semanas el retrete de ladrillo detrás del almacén, y sabía mucho de carpintería. Para lo único que no tenía buena mano era para la gente. A la gente, cuando no es completamente tonta o está muy enferma, no se la puede coger y convertir de la noche a la mañana en algo más provechoso. Así que la única utilidad que miss Amelia veía en la gente era poder sacarle el dinero. Y desde luego lo conseguía: casas y fincas hipotecarias, una serrería, dinero en el banco… Era la mujer más rica de aquellos contornos. Hubiera podido hacerse más rica que un congresista a no ser por su única debilidad: a saber, su pasión por los pleitos y los tribunales. Se enzarzaba en un

pleito interminable por cualquier minucia. En el pueblo se decía que si miss Amelia tropezaba con una piedra en la carretera, miraba inmediatamente a su alrededor para ver a quién podría demandar. Aparte de sus pleitos, llevaba una vida rutinaria, y todas sus jornadas eran iguales. Exceptuando sus diez días de matrimonio, nada había alterado el ritmo de su existencia hasta la primavera en que cumplió treinta años.

Fue en medio de una tranquila noche de abril. El cielo tenía el color de los lirios azules del pantano, y la luna estaba clara y brillante. La cosecha se presentaba buena aquella primavera, y las últimas semanas la fábrica había trabajado día y noche. Abajo, en el arroyo, la fábrica cuadrada de ladrillo estaba iluminada, y se oía el rumor monótono de los telares. Era una de esas noches en que se oye con gusto, en el silencio del campo, el canto lento de un negro enamorado; esas noches en que uno tomaría su guitarra para sentarse a tocar con calma, o en que simplemente se quedaría uno descansando a solas, sin pensar en nada. La calle estaba ya desierta, pero el almacén de miss Amelia permanecía encendido, y fuera en el porche habían cinco personas. Una de ellas era Stumpy MacPhail, un capataz de rostro colorado y manos

pequeñas y enrojecidas; en el escalón más alto estaban dos chicos con mono, los mellizos Rainey: los dos eran largos y lentos, albinos y de adormilados ojos verdes. El otro hombre era Henry Macy, un personaje tímido y asustadizo, de modales comedidos y gestos nerviosos, que estaba sentado en un extremo del escalón más bajo. Miss Amelia estaba de pie, apoyada en la puerta, con los pies embutidos en las botazas de goma, y deshacía pacientemente los nudos de una cuerda que se había encontrado. Llevaban mucho tiempo callados.

Uno de los mellizos, que estaba mirando al camino vacío, fue el primero en romper el silencio. Dijo:

—Veo algo que se acerca.

—Un carnero escapado —dijo su hermano.

La figura que se acercaba estaba todavía demasiado lejos para ser percibida con claridad. La luna formaba unas sombras delicadas bajo los melocotoneros en flor, a lo largo del camino. Se mezclaban en el aire el aroma dulce de las flores y de las hierbas de primavera y el olor caliente, acre, de la ciénaga cercana.

—No. Es algún chiquillo —dijo Stumpy MacPhail.

Miss Amelia miró hacia el camino, en silencio. Había dejado caer la cuerda y estaba jugueteando con el cierre de su mono con su mano morena y huesuda; frunció las cejas, y le cayó sobre la frente un mechón de pelo negro. Mientras estaban allí esperando, un perro de las casas del camino empezó a ladrar furiosamente; luego se oyó una voz que le hizo callar. No vieron con claridad lo que llegaba por el camino hasta que la forma estuvo a su lado, en la franja de luz amarilla del porche.

Era un forastero, y no es frecuente que los forasteros entren en el pueblo a pie y a tales horas. Además, aquel hombre era jorobado. No mediría más allá de un metro veinte, y llevaba un abrigo andrajoso lleno de polvo, que apenas le llegaba a las rodillas. Sus piernecillas torcidas parecían demasiado débiles para soportar el peso de su gran torso deforme y de la joroba posada sobre su espalda. Tenía una cabeza enorme, con unos ojos azules y hundidos, y una boquita muy dibujada. Su rostro era a la vez manso e insolente. En aquel momento, su piel pálida estaba amarilla de polvo y tenía sombras azules bajo los ojos. Llevaba una maleta desvencijada, atada con una cuerda.

—Buenas… —dijo el jorobado, jadeando.

Miss Amelia y los hombres del porche no contestaron a su saludo, ni dijeron una palabra. Se quedaron mirándole, sin más.

—Voy buscando a miss Amelia Evans.

Miss Amelia se echó hacia atrás el mechón de la frente y levantó la barbilla.

—¿Por qué?

—Pues porque soy pariente suyo —contestó el jorobado. Los mellizos y Stumpy MacPhail miraron a miss Amelia.

—Soy yo —dijo ella—. Explíqueme ese «parentesco».

—Pues verá… —Empezó a decir el jorobado. Parecía estar ansioso, casi a punto de llorar. Apoyó la maleta en el último escalón, sin quitar la mano del asa—. Mi madre se llamaba Fanny Jesup, y venía de Cheehaw. Salió de Cheehaw hace unos treinta años para casarse con su primer marido. Recuerdo que contaba que tenía una medio hermana llamada Martha. Y hoy me han dicho en Cheehaw que Martha era la madre de usted.

Miss Amelia le escuchaba con la cabeza ladeada. Era una mujer solitaria; no era de esas personas que comen los domingos rodeadas de parientes, ni ella sentía la menor necesidad de buscárselos. Había tenido una tía abuela, dueña de unas cuadras de caballos de alquiler en Cheehaw, pero aquella tía ya había muerto. Aparte de ella, solo tenía un primo que vivía en una población a treinta kilómetros de allí, pero aquel primo y miss Amelia no se llevaban muy bien, y cuando por casualidad se encontraban, escupían a un lado de la calle. De tiempo en tiempo, algunas personas hacían lo imposible por sacar a relucir alguna clase de parentesco con miss Amelia, pero siempre fracasaban.

El jorobado se lanzó a una larga disertación mencionando nombres y lugares desconocidos para sus oyentes del porche, y que, aparentemente, nada tenían que ver con el asunto.

—… de modo que Fanny y Martha Jesup eran medio hermanas. Y como yo soy hijo del tercer marido de Fanny, usted y yo somos… —Se inclinó y empezó a desatar la maleta. Sus manos parecían patitas sucias de gorrión, y temblaban. La maleta estaba llena de harapos

y de toda clase de extrañas chatarras, que parecían trozos de una máquina de coser. El jorobado hurgó entre sus pertenencias y sacó una fotografía vieja.

—Aquí tiene un retrato de mi madre y su medio hermana.

Miss Amelia no dijo nada. Movía lentamente la mandíbula, de un lado a otro, y se veía claramente lo que estaba pensando. Stumpy MacPhail cogió la fotografía y la acercó a la luz. Era un retrato de dos niñas pálidas de dos o tres años; sus caras eran dos manchitas blancas, y podía ser un retrato antiguo de cualquier álbum de familia.

Stumpy se las devolvió sin hacer comentarios.

—¿De dónde viene usted? —preguntó.

—He estado viajando —contestó el jorobado con voz insegura.

Miss Amelia seguía callada. Permanecía apoyada en el quicio de la puerta, mirando al jorobado. Henry Macy parpadeó nerviosamente y se frotó las manos. Luego se levantó en silencio y desapareció. Era un hombre excelente,

y la situación del jorobado le había conmovido; por eso prefería no estar presente cuando miss Amelia echara al intruso de su casa y del pueblo. El jorobado seguía en el último escalón con la maleta abierta; sorbió con la nariz, y le tembló la boca. Quizá empezaba a darse cuenta de su posición; tal vez comprendía lo desconsolador que era encontrarse en una población desconocida, con una maleta llena de harapos, intentando convencer a miss Amelia que eran parientes. Sea como fuere, se sentó en la escalera y se echó a llorar.

No era corriente que un jorobado desconocido llegara al almacén caminando a medianoche y se sentara allí a llorar. Miss Amelia se echó hacia atrás el mechón de la frente y los hombres se miraron inquietos. El pueblo estaba silencioso.

Entonces dijo uno de los mellizos:

—Me parece que este es un Morris Finestein de primera.

Todos asintieron, ya que aquella era una frase que encerraba un significado preciso. Pero el jorobado lloró más fuerte, porque no podía saber de qué estaban hablando. Morris Finestein era un hombre que había

vivido en el pueblo años atrás; no era más que un pequeño judío vivo y saltarín que lloraba cuando le llamaban Matacristos, y comía todos los días pan sin levadura y salmón en conserva. Le había ocurrido un percance y se había trasladado a Society City. Pero, desde entonces, en el pueblo decían que un hombre era un Morris Finestein si le encontraban afectado o cominero, o si lloraba.

—Bueno, está apenado —dijo Stumpy MacPhail—. Algún motivo tendrá.

Miss Amelia cruzó el porche con dos zancadas lentas, balanceándose. Bajó los escalones y se quedó mirando pensativamente al forastero. Alargó con precaución uno de sus dedos morenos y tocó ligeramente la giba. El jorobado seguía llorando, pero parecía ya más tranquilo. La noche estaba silenciosa y la luna brillaba todavía con una luz clara y suave; se iba notando frío. Entonces miss Amelia hizo algo sorprendente: sacó una botellita del bolsillo de atrás de su pantalón y, después de frotar un poco el tapón de metal contra la palma de su mano, se la ofreció al jorobado. Miss Amelia no se decidía nunca a vender su *whisky* a crédito, y nadie recordaba haberla visto regalar ni una gota.

—Beba un trago —dijo—. Esto le calentará las tripas.

El jorobado dejó de llorar, se lamió las lágrimas que le caían por la boca y bebió de la botella. Cuando terminó, miss Amelia tomó a su vez un buche, se calentó y enjuagó la boca con él y escupió. Luego bebió unos tragos. Los mellizos y el capataz tenían sus botellas, pagadas con su dinero.

—Buen licor —dijo Stumpy MacPhail—. Miss Amelia, usted siempre hace bien las cosas.

No se pueden pasar por alto las dos botellas grandes de *whisky* que bebieron aquella noche; solo así puede uno explicarse lo que ocurrió después. Sin aquel *whisky*, quizá no hubiera llegado a abrirse el café. Porque el licor de miss Amelia tiene una cualidad peculiar: sabe limpio y seco en la lengua, pero una vez dentro empieza a arder y ese fuego dura mucho tiempo. Y eso no es todo. Ya es cosa sabida que si se escribe un mensaje con zumo de limón en una hoja de papel, no queda rastro de la escritura; pero si se expone el papel al fuego, las letras se vuelven de un color castaño y se puede leer lo escrito. Imagina que el *whisky* es el fuego y que el mensaje está oculto en el alma de un hombre; entonces se comprenderá

el valor del licor de miss Amelia. Muchas cosas que han pasado sin que se supiera, pensamientos relegados a las profundidades del alma, salen de pronto a la luz y se hacen patentes. Un hilandero que no ha estado pensando toda la semana más que en los telares, la comida, la cama, y otra vez los telares, al llegar el domingo bebe de aquel *whisky* y tropieza con un lirio silvestre. Y toma el lirio en su mano, se queda contemplando la delicada corola de oro, y de pronto se siente invadido por una ternura tan viva como un dolor. Y un tejedor levanta de pronto la mirada y por primera vez descubre el cielo radiante de una medianoche de enero, y se siente sobrecogido de temor al pensar en su propia pequeñez. Esas son las cosas que ocurren cuando un hombre ha bebido el licor de miss Amelia. Podrá sufrir, podrá consumirse de gozo, pero la verdad ha salido a la luz: ha calentado su alma y ha podido ver el mensaje que estaba oculto en ella.

Bebieron hasta la madrugada, y las nubes cubrieron la luna y la noche se puso oscura y fría. El jorobado seguía sentado en el último escalón, lastimosa figura con la frente apoyada sobre las rodillas. Miss Amelia estaba de pie, con las manos en los bolsillos, un pie sobre el segundo escalón. Llevaba mucho tiempo callada. Su

cara tenía esa expresión que se ve a veces en los bizcos que piensan concentradamente en algo: una expresión mezcla de inteligencia y desvarío. Al fin dijo:

—No sé su nombre.

—Me llamo Lymon Willis —dijo el jorobado.

—Bueno; pase adentro —dijo miss Amelia—. Hay algo de cena en la cocina.

Miss Amelia nunca invitaba a nadie a comer, a no ser que estuviera planeando engañar a alguna persona, o intentando sacar dinero a alguien. Así que los hombres del porche pensaron que algo no marchaba bien. Más tarde comentaron que miss Amelia debía de haber estado bebiendo toda la tarde, en el pantano. Sea como fuere, miss Amelia abandonó el porche y Stumpy MacPhail y los mellizos se fueron a sus casas. Miss Amelia abrió la puerta del almacén y echó una ojeada para ver si todo estaba en orden. Luego entró en la cocina, que quedaba al fondo del almacén. El jorobado la siguió, arrastrando su maleta, sorbiendo y limpiándose la nariz con la manga mugrienta de su abrigo.

—Siéntese —dijo miss Amelia—. Voy a calentar esto.

Cenaron muy bien; miss Amelia era rica, y no se privaba de buenas comidas. Tomaron pollo frito (el jorobado se sirvió la pechuga), puré de rutabaga, coles y batatas asadas, color de oro pálido. Miss Amelia comía despacio, con el apetito de un cavador. Estaba sentada con los codos sobre la mesa, inclinada sobre su plato, con las rodillas muy separadas y los pies apoyados en el barrote de la silla. Por su parte, el jorobado engulló la cena como si no hubiera probado bocado en varios meses. Mientras comía, una lágrima le resbaló por la cara polvorienta; pero no era más que una lagrimita rezagada, no quería decir nada. Sobre la mesa, la lámpara llameaba azul en los bordes de la mecha, irradiando una alegre luz en la cocina. Cuando miss Amelia terminó, limpió cuidadosamente su plato con una rebanada de pan y luego vertió en el pan la mezcla dulce y clara hecha por ella. El jorobado también se sirvió melaza, pero era más delicado y pidió un plato limpio. Cuando dieron fin a la cena, miss Amelia echó hacia atrás su silla, apretó el puño y se tentó la musculatura del brazo derecho por debajo de la tela azul y limpia de la manga de su mono; era aquel un hábito inconsciente que tenía al terminar las

comidas. Cogió entonces la lámpara que había sobre la mesa y señaló la escalera con la cabeza, como invitando al jorobado a seguirla.

Encima del almacén estaban las tres habitaciones donde miss Amelia había pasado toda su vida: dos dormitorios con una sala grande en medio. Pocas personas habían visto estas habitaciones, pero todo el pueblo sabía que estaban bien amobladas y muy limpias. Y he aquí que miss Amelia introducía en aquella parte de la casa a un hombrecillo desconocido, sucio y jorobado, salido Dios sabe de dónde. Miss Amelia subía despacio los escalones, de dos en dos, llevando la lámpara en alto. El jorobado la seguía saltando, tan pegado a ella que la luz vacilante formaba sobre la pared de la escalera una sola sombra, grande y extraña, de sus dos cuerpos. Al poco tiempo quedó el piso de encima del almacén tan oscuro como el resto del pueblo.

La mañana siguiente amaneció serena, con tonos pálidos, rojos y rosados. Las tierras que rodeaban el pueblo estaban recién aradas, y los granjeros se pusieron muy temprano a plantar los tallos tiernos del tabaco, de un verde oscuro. Volaban cuervos a ras de los campos

y sus sombras azules se deslizaban sobre la tierra. En el pueblo, los obreros salían temprano de sus casas llevando las fiambreras de la comida, y las ventanas del molino despedían reflejos cegadores con el sol. El aire era fresco, y los melocotoneros tenían una levedad de nubes de marzo con sus copas florecidas.

Miss Amelia bajó al amanecer, como siempre. Se lavó la cara en el agua de la bomba y en seguida empezó a trabajar. Ya entrada la mañana ensilló su mula y salió a recorrer su plantación de algodón, que caía cerca de la carretera de Forks Falls. Como es de suponer, al mediodía todo el pueblo sabía lo del jorobado, que había llegado al almacén a medianoche. Pero nadie le había visto todavía. Pronto empezó a apretar el calor, y el cielo tenía ya un tono azul profundo. Pero los vecinos seguían sin ver al extraño huésped. Algunos recordaron que la madre de miss Amelia había tenido una hermanastra, pero, mientras unos aseguraban que ya había muerto hacía mucho tiempo, otros opinaban que se había fugado con un plantador de tabaco. En cuanto a la pretensión del jorobado de ser pariente de miss Amelia, todos coincidían en afirmar que era un engaño. Y los vecinos, que conocían bien a miss Amelia, decidieron que lo más

seguro era que le hubiera puesto en la calle después de darle de comer. Pero al caer de la tarde, cuando el cielo ya palidecía, una mujer empezó a decir que había visto una cara arrugada en la ventana de una de las habitaciones de encima del almacén. Miss Amelia no decía nada. Estuvo un rato despachando en el almacén, discutió durante una hora con un labrador a propósito de una mancera, arregló unas alambradas del gallinero, cerró al ponerse el sol y se metió en sus habitaciones. El pueblo se quedó intrigado y haciendo comentarios.

Al día siguiente, miss Amelia no abrió el almacén; se encerró dentro y no se dejó ver de nadie. Aquel día empezó a circular el rumor; un rumor tan horrible que conmovió a todo el pueblo y sus contornos. Lo propagó un tejedor llamado Merlie Ryan. El tejedor es muy poquita cosa: un hombrecillo cetrino, cojitranco y desdentado. Padece tercianas, es decir, que un día de cada tres le sube la fiebre, de forma que se pasa dos días tristón y enfurruñado, y al tercer día se excita y a veces se le ocurren un par de ideas, casi siempre disparatadas. Era uno de sus días de fiebre cuando Merlie Ryan se volvió de pronto y dijo:

—Yo sé lo que ha hecho miss Amelia: ha matado a ese hombre por algo que llevaba en la maleta.

Lo dijo con toda calma, dándolo por hecho. Antes de una hora, la noticia había recorrido el pueblo.

Aquel día, el pueblo pudo dar rienda suelta a su imaginación, inventando una historia bien feroz y macabra, con todos los detalles espeluznantes: un jorobado, un entierro a medianoche en el pantano, miss Amelia arrastrada por las calles camino de la cárcel… Y se hicieron cábalas sobre el posible destino de sus bienes. Hablaban de todo ello a media voz, agregando a cada versión algún detalle nuevo y extravagante.

Empezó a llover, y las mujeres se olvidaron de recoger la ropa tendida. Y hasta hubo una o dos personas, que debían dinero a miss Amelia, que se pusieron los trajes del domingo, como si aquel día fuera un día de fiesta. Los vecinos se apiñaron en la calle principal, murmurando y vigilando el almacén.

Hay que decir que no todo el pueblo se sumó a aquel maligno festival: quedaban algunos hombres sensatos que argüían que, siendo miss Amelia rica, no iba a

asesinar a un vagabundo por cuatro porquerías. Había en el pueblo hasta tres buenas almas que no deseaban aquel crimen, ni siquiera por interés ni por la emoción que pudiera suscitar; no les causaba ningún placer imaginarse a miss Amelia agarrada a los barrotes de la cárcel o conducida a la silla eléctrica en Atlanta. Aquellas buenas almas juzgaban a miss Amelia de otro modo que sus convecinos. Cuando una persona es tan distinta de las demás como ella lo era, y cuando los pecados de una persona son tan numerosos que no se pueden recordar de buenas a primeras, dicha persona requiere un juicio especial. Recordaban que miss Amelia había nacido morena y algo rara de rostro; que se había criado sin madre, con su padre, un hombre solitario; que, ya en su juventud, la pobre llegó a medir más de un metro ochenta, lo cual no es cosa corriente en una mujer, y que sus costumbres eran demasiado extrañas como para poder razonar acerca de ellas. Y, sobre todo, recordaban aquella boda tan asombrosa, que fue el escándalo más inexplicable que había ocurrido nunca en el pueblo.

Así pues, aquella buena gente sentía por miss Amelia algo parecido a la piedad. Cuando miss Amelia decidía hacer alguna barbaridad, como por ejemplo irrumpir en

una casa para apoderarse de una máquina de coser en pago de una deuda, o se lanzaba con saña a uno de sus pleitos, se sentían invadidos por una mezcla de exasperación, de vaga inquietud y de honda e incomprensible tristeza. Pero dejemos ya a los justos, que no eran más que tres; el resto del pueblo estuvo festejando el supuesto crimen toda la tarde.

Miss Amelia, por alguna oculta razón, parecía estar ajena a todo aquello. Pasó la mayor parte del día en el piso alto. Cuando bajó al almacén, fue de un lado para otro con la mayor calma, las manos hundidas en los bolsillos del mono y la cabeza tan baja que la barbilla le quedaba dentro del escote de la camisa. No se le veían por ningún lado manchas de sangre. De vez en cuando se quedaba parada, mirando sombríamente las grietas del suelo, jugueteando con un mechón de su pelo corto y murmurando algo para sí misma. Pero la mayor parte del día la pasó en el piso alto.

Cayó la noche. La lluvia de aquella tarde había refrescado el aire, y el crepúsculo era húmedo y frío como en invierno; no había estrellas, y caía una llovizna fría y helada. Desde la calle se veían las lámparas de las casas,

oscilantes y fúnebres. Se levantó el viento, no de la parte del pantano, sino de los fríos y oscuros pinares del norte.

Los relojes del pueblo dieron las ocho. Todavía no había ocurrido nada. El viento nocturno y los macabros rumores del día tenían a mucha gente asustada y encerrada en sus hogares junto al fuego. Otros estaban reunidos en grupos. Unos ocho o diez hombres se habían concentrado en el porche del almacén de miss Amelia. Estaban silenciosos, esperando. No hubieran podido explicar qué esperaban; pero siempre que hay tensión en el ambiente, cuando se sabe que va a ocurrir algo importante, los hombres se reúnen y esperan de este modo. Y después de la espera, llega un momento en que todos actúan al unísono, no impelidos por el pensamiento o por la voluntad de un hombre, sino como si sus instintos se hubieran fundido, de forma que la iniciativa no parte de uno de ellos, sino del grupo entero. En esos momentos, ninguno titubea; y solo depende del destino el que las cosas se resuelvan pacíficamente, o que la acción conjunta derive en tumulto, violencias y crímenes.

Así pues, los hombres esperaban silenciosos en el porche del almacén de miss Amelia, y ninguno de ellos sabía por qué estaban allí o lo que harían, pero sabían que tenían que esperar, y que la hora se acercaba.

La puerta del almacén estaba abierta. Dentro había luz, y todo estaba como siempre: a la izquierda, el mostrador, con la carne, los botes de caramelos y el tabaco. Detrás del mostrador, los estantes con los comestibles. En la parte derecha del almacén se amontonaban los aperos de labranza; al fondo, a la izquierda, estaba la puerta que conducía a la escalera. La puerta estaba abierta. Y más a la derecha, también al fondo del almacén, había otra puerta que daba a un cuartito que miss Amelia llamaba su oficina. También esa puerta estaba abierta. Eran las ocho de la noche y se veía a miss Amelia allí dentro, sentada ante su mesa de trabajo con una estilográfica en la mano y unas hojas de papel ante sí.

La oficina tenía buena luz, y miss Amelia no parecía ver a aquella delegación, allí en el porche. Todo estaba muy ordenado en torno suyo, como de costumbre. Aquella oficina era bien conocida y hasta temida en toda la región; miss Amelia despachaba allí sus asuntos.

Tapada con esmero, sobre la mesa había una máquina de escribir que miss Amelia sabía manejar, pero solo utilizaba para los documentos más importantes. En los cajones se apilaban miles de papeles, por orden alfabético. Miss Amelia recibía también en aquella oficina a las personas enfermas, pues le encantaba dárselas de médico y no le faltaban ocasiones de entregarse a esta pasión. Dos estantes enteros estaban llenos de frascos y medicamentos. Junto a la pared había un banco para los enfermos. Miss Amelia sabía coser una herida con una aguja quemada sin que se llegara a infectar; tenía un ungüento fresco para las quemaduras; para las dolencias no localizadas disponía de variados medicamentos que había sacado de misteriosas recetas; soltaban muy bien el vientre, pero no se podían dar a los niños porque producían unas convulsiones muy dolorosas. Para los niños tenía remedios aparte, más suaves y de sabor dulce. Sí, en el fondo, miss Amelia era un gran médico, todos lo decían. Tenía manos delicadas, aunque fueran tan grandes y huesudas, y una gran imaginación y cientos de remedios distintos. Nunca titubeaba si se veía frente a un caso peligroso y desconocido; se atrevía con cualquier clase de enfermedades, con una sola excepción: las dolencias propias de las mujeres. Se ruborizaba con

solo oír hablar de aquellas cosas, y se quedaba cortada, pasándose un dedo entre el cuello y la blusa, o frotando una contra otra sus botazas de goma, y parecía una niña grandota muda de vergüenza. Pero la gente confiaba en ella para todo lo demás. No pasaba facturas y tenía siempre una invasión de pacientes.

Aquella noche estaba miss Amelia escribiendo sin parar con su estilográfica; sin embargo, no podía sentarse allí toda la vida fingiendo no ver a los hombres que esperaban en el porche oscuro y la observaban. De vez en cuando, levantaba la vista y les miraba en silencio, pero sin gritarles qué se les había perdido en su almacén para andar rondando por allí como almas en pena. Tenía una expresión digna y seria, como siempre que estaba en su oficina. Al cabo de un rato, aquel modo de mirar de los hombres parecía molestarla; se pasó un pañuelo rojo por la cara, se levantó y cerró la puerta de la oficina.

Aquel gesto fue como una señal para el grupo del porche. Había llegado la hora. Llevaban mucho tiempo de pie, con la calle húmeda y oscura a sus espaldas; habían esperado mucho, y en aquel preciso instante se les despertó el instinto de actuar. Entraron en el almacén

todos a una, como movidos por una sola voluntad. En aquel momento, los ocho hombres parecían iguales, todos vestidos con mono azul, casi todos con el pelo blanquecino, pálidos y con la mirada fija y como alucinada. Nunca se sabrá lo que hubiera podido hacer entonces: en aquel instante se oyó un ruido en lo alto de la escalera. Los hombres levantaron la vista y se quedaron mudos de asombro: allí estaba el jorobado, a quien ya daban por muerto. Y no era en absoluto como se lo habían descrito; nada de un pobre enanito harapiento, solo y perdido en el mundo. Pero ninguno de ellos había visto nunca hasta entonces una cosa igual. Por el almacén cundió un silencio de muerte.

El jorobado bajaba la escalera muy despacio, con la arrogancia de quien es dueño de cada tabla del suelo que pisa. Había cambiado mucho en aquellos dos días. En primer lugar, estaba limpio como los chorros del oro. Llevaba todavía su abriguito, pero ahora lo tenía bien cepillado y remendado; debajo llevaba una camisa de miss Amelia, a cuadros rojos y negros. No usaba pantalones como los de los hombres corrientes, sino unos pequeños calzones muy ajustados que le llegaban

solo a las rodillas. Las piernecillas las llevaba embutidas en unas medias negras y sus zapatos eran de una forma extraña, anudados alrededor de los tobillos, y estaban muy brillantes. Se había ceñido al cuello un chal de lana verde limón; casi le cubría las grandes orejas pálidas, y las dos bandas le caían hasta el suelo.

El jorobado bajó al almacén con pasitos tiesos y presuntuosos, y se plantó en medio del grupo de hombres. Los hombres le abrieron paso y se le quedaron mirando boquiabiertos. También el jorobado se comportó de un modo extraño: fue mirando a los hombres, en silencio, hasta la altura de sus propios ojos, es decir, hasta los cinturones. Después, con maliciosa curiosidad, fue examinando ordenadamente las regiones inferiores de cada uno de aquellos hombres, desde la cintura hasta los zapatos. Cuando terminó su inspección cerró los ojos un momento y movió la cabeza, como si, en su opinión, lo que acababa de ver no valiera gran cosa. Entonces, con mucho descaro, y solo para confirmar su veredicto, echó atrás la cabeza y abarcó en una mirada el círculo de rostros que le rodeaba. Había un saco de guano a medio llenar a la izquierda del almacén; después de su examen, el jorobado se fue a sentar sobre el saco. Se

instaló cómodamente, con las piernecillas cruzadas, y hundiendo la mano en el bolsillo de su abrigo sacó algo de él.

Los hombres tardaron un rato en recobrar su aplomo. Merlie Ryan, el de las tercianas, que había propagado el rumor aquel día, fue el primero en hablar. Miró el objeto que sostenía el jorobado y murmuró:

—¿Qué tiene usted ahí?

Todos los hombres sabían qué tenía el jorobado en la mano: era la cajita de rapé que había pertenecido al padre de miss Amelia, una cajita de esmalte azul con un adorno de oro en la tapa. Los hombres conocían muy bien aquella caja y se maravillaron. Dirigieron miradas inquietas a la puerta cerrada de la oficina, y oyeron a miss Amelia silbar suavemente.

—Sí, ¿qué tienes ahí? ¿Cacahuetes?

El jorobado levantó vivamente los ojos y respondió, cortante:

—Un cepo para cazar entrometidos.

Metió los deditos huesudos en la caja y se llevó algo a la boca, pero no ofreció a nadie. Ni siquiera era rapé lo que estaba tomando, sino una mezcla de azúcar y cacao; pero la tomaba como si fuera rapé, metiéndose un poco de la mezcla bajo el labio inferior, y buscándola luego con la punta de la lengua, haciendo muecas.

—Los dientes me han sabido siempre amargos —dijo, como una explicación—. Por eso tomo este polvo dulce.

Los hombres seguían rodeándole, y se sentían desmañados, y como alelados. Esta sensación no desapareció nunca del todo, pero pronto quedó paliada por una nueva impresión, como si en el almacén hubiera un ambiente de intimidad y de fiesta. Los hombres que habían ido al almacén aquella noche eran los siguientes: Hasty Malone, Robert Calvert Hale, Merlie Ryan, el reverendo T. M. Willin, Rosser Cline, Rip Wellborn, Henry Ford Crimp y Horace Wells. Exceptuando al reverendo Willin, todos se parecen mucho, como ya hemos dicho; todos han pasado algún buen rato en su vida; todos han sufrido o han llorado por algo; casi todos son personas tratables si no están exasperados. Eran todos obreros de la hilatura y vivían en casas de dos o tres

habitaciones por las que pagaban diez o doce dólares al mes. Y todos, aquella noche, habían cobrado, porque era un sábado. Así que, de momento, puedes considerarlos como un todo.

El jorobado, por su parte, estaba ya individualizándolos mentalmente. Una vez instalado sobre el saco empezó a charlar con unos y con otros, haciéndoles preguntas, como por ejemplo si uno estaba casado, cuántos años tenía, cuánto ganaba a la semana, etcétera, y así fue llegando a preguntas más íntimas. Pronto se unieron al grupo otros vecinos; como Henry Macy, desocupados que habían husmeado algo extraordinario, mujeres que venían a buscar a sus maridos, y hasta un niño con el pelo color de estopa que se deslizó en el almacén, robó una caja de galletas y se escabulló sin que le vieran. Los dominios de miss Amelia estuvieron pronto muy concurridos, pero ella seguía sin abrir aún la puerta de la oficina.

Existe un tipo de personas que tienen algo que las distingue de los mortales corrientes; son personas que poseen ese instinto que solamente suele darse en los niños muy pequeños, el instinto de establecer

un contacto inmediato y vital entre ellos y el resto del mundo. El jorobado era, sin duda alguna, de este tipo de seres. No llevaba en el almacén más de media hora, y ya se había establecido un contacto entre él y cada uno de los hombres. Era como si hubiera vivido años enteros en el pueblo, como si fuera uno de los vecinos más populares y su sitio habitual, durante incontables veladas, hubiera sido aquel saco de guano en el que se sentaba. Todo esto, junto con el hecho de ser un sábado por la noche, contribuyó seguramente al ambiente de libertad y de alegría ilícita que reinaba en el almacén. También se notaba cierta tensión, debida en parte a la situación anormal, y en parte a que miss Amelia siguiera encerrada en su oficina, sin hacer acto de presencia.

Apareció a las diez de la noche. Y los que esperaban que se produjera algún drama a su entrada quedaron decepcionados. Abrió la puerta y entró en el almacén con sus zancadas lentas y dignas. Tenía una mancha de tinta en la nariz y se había anudado al cuello el pañuelo rojo. No parecía notar nada anormal. Dirigió sus ojos bizcos al lugar donde estaba sentado el jorobado y se le quedó mirando un momento. Al resto de los hombres les concedió tan solo una ojeada de pacífica sorpresa.

—¿Desean alguna cosa?

Habían muchos parroquianos, porque era sábado por la noche y todos querían beber. Miss Amelia había abierto tres días antes un barril de los antiguos, y había llenado botellas abajo en la destilería. Cogió el dinero de los parroquianos y lo contó a la luz de la lámpara, como de costumbre, pero lo que sucedió a continuación ya no era corriente: antes, había que pasar siempre al oscuro patio posterior, y allí le daban a uno su botella por la puerta de la cocina. Aquella transacción no producía ninguna alegría especial. El parroquiano tomaba su botella y se marchaba, o, si su esposa no quería ver botellas por casa, podía uno volver al porche delantero del almacén para echar unos tragos allí o en la calle. El porche y el trozo de calle delante de la casa eran propiedad de miss Amelia, no había que olvidarlo; pero ella no los consideraba como sus dominios. Los dominios empezaban en la puerta y comprendían todo el interior del edificio. Allí no había permitido jamás que nadie sino ella descorchase una botella o bebiera. Y ahora, por primera vez, rompía esa norma. Entró en la cocina, con el jorobado pegado a sus talones, y volvió con las botellas del almacén caldeado e iluminado. Y, lo que es más, sacó algunos vasos y abrió

dos cajas de galletas, que quedaron hospitalariamente a disposición de la concurrencia, en una bandeja encima del mostrador, y todo el que quería podía tomar una sin pagar.

Miss Amelia no dirigió la palabra a nadie más que al jorobado, para preguntarle con una voz algo ronca y brusca:

—Primo Lymon, ¿lo quieres así o te lo caliento en un cazo?

—Sí, hazme el favor, Amelia —dijo el jorobado. ¿Y desde cuándo había osado nadie llamar a miss Amelia por su nombre a secas, sin anteponerle un respetuoso «miss»? Ni siquiera su novio y esposo de diez días; nadie se había atrevido a tratarla con tanta familiaridad desde la muerte de su padre, que por alguna razón la llamaba siempre «Chiquita»—. Si haces el favor, caliéntamelo.

Así empezó el café; de aquel modo tan sencillo. Recordarás que era una noche fría, como de invierno; hubiera resultado desagradable sentarse a beber en la calle. Pero dentro del almacén había buena compañía y un calorcillo delicioso. Alguien había encendido la estufa del

fondo, y los que compraban botellas convidaban a beber a los amigos. Había algunas mujeres por allí y tomaron unas copitas de ponche y algunas hasta un traguito de *whisky*. El jorobado seguía siendo una novedad, y su presencia divertía a los vecinos. Sacaron el banco de la oficina, y algunas sillas más. Unos se apoyaban en el mostrador, otros se instalaron sobre los barriles y los sacos. El *whisky* pasaba de mano en mano, pero no se oían palabrotas ni risotadas soeces, ni nadie se comportó mal. Al contrario, la velada estaba transcurriendo con una finura que rayaba en la timidez. Y es que los vecinos de este pueblo no estaban acostumbrados a reunirse por puro placer: iban en grupos a trabajar a la fábrica; algunos domingos, el reverendo organizaba comidas campestres, y, aunque ello pueda considerarse como un placer, la finalidad de aquellas excursiones era hablarle a uno de las penas del infierno y llenarle de temor ante el Todopoderoso. Pero el espíritu de un café es algo muy diferente. Todos, hasta los más ricos y los más tragones, saben que en un café como es debido hay que portarse con educación y no se puede ofender a nadie; y que los pobres miran a su alrededor con agradecimiento, y pinchan los arenques con delicadeza y modestia, ya que

el ambiente de un verdadero café tiene que reunir estas cualidades: compañerismo, satisfacciones del estómago, y cierta alegría y gracia de modales. Nadie había explicado esas cosas a los reunidos aquella noche en el almacén de miss Amelia, pero todos parecían saberlas, aunque nunca habían tenido un café en el pueblo.

Pero miss Amelia, la causante de todo, se pasó la mayor parte de la noche de pie en la puerta de la cocina. Exteriormente, no parecía haber cambiado. Pero más de un vecino la miraba con curiosidad. Miss Amelia lo observaba todo, pero sus ojos volvían siempre a posarse en el jorobado. El hombrecillo se paseaba por el almacén, tomando pellizcos de aquel polvo de su caja de rapé, y se mostraba alternativamente sarcástico y amable. Allí donde estaba de pie miss Amelia, las llamas de la estufa proyectaban un resplandor que iluminaba su cara alargada y morena. Parecía pensativa, ensimismada y en su expresión había una mezcla de pena, asombro y vaga satisfacción. Sus labios no estaban tan apretados como de costumbre, parecía algo más pálida y le sudaban las manos grandes y vacías. No cabía duda: aquella noche tenía el aire lánguido de una enamorada.

La inauguración del café cesó a medianoche. Todos se dijeron adiós amistosamente. Miss Amelia cerró la puerta principal, pero olvidó echar el cerrojo. Pronto se quedó el pueblo a oscuras: la calle principal con sus tres tiendas, el molino, las casas, todo se sumió en la noche y en el silencio. Y así terminaron aquellos tres días y noches, en los que habían tenido lugar la llegada de un forastero, una celebración extraordinaria y la apertura del café.

Pasaron cuatro años. No nos detendremos en ellos, porque fueron iguales unos a otros. Hubo grandes cambios, pero se produjeron poco a poco y por sus pasos: cada paso tiene poca importancia. El jorobado siguió viviendo con miss Amelia. El café fue prosperando; miss Amelia empezó a despachar *whisky* por vasos sueltos, y se colocaron algunas mesas en el almacén. Todas las noches llegaban parroquianos, y los sábados se reunía mucha gente. Miss Amelia empezó a servir cenas de pescado frito a quince centavos la ración. El jorobado la convenció para que comprara una hermosa pianola. A los dos años, aquello no era ya un almacén, sino un verdadero café, que se abría todas las tardes de seis a doce.

El jorobado bajaba la escalera por las noches con un gran aire de suficiencia. Siempre olía un poco a nabizas, porque miss Amelia le atiborraba mañana y tarde de caldo de verduras para que cogiera fuerzas. Le mimaba de una manera increíble, pero él no medraba con nada; la comida le engordaba la cara y la chepa, mientras que el resto de su cuerpo seguía encanijado y deforme. Miss Amelia tenía el mismo aspecto de siempre; entre semana seguía llevando botas de goma y mono, pero los domingos se ponía un vestido rojo oscuro que colgaba de su cuerpo del modo más pintoresco. Sin embargo, sus modales y sus costumbres habían cambiado mucho. Todavía le encantaba enzarzarse en un pleito bien borrascoso, pero ya se iba volviendo menos feroz con el prójimo cuando se trataba de embargarle. Como el jorobado era tan exageradamente sociable, miss Amelia empezó a salir un poco, a funerales y cosas así. Sus actividades médicas seguían teniendo mucho éxito y su *whisky* era mejor que nunca. El café mismo resultaba un buen negocio, y se había convertido en el único lugar de reunión en muchos kilómetros a la redonda.

Así que, de momento, no concedas a aquellos años más que unas miradas casuales y fragmentarias. Mira al

jorobado: marcha pegado a los talones de miss Amelia, en una mañana de invierno, camino de los pinares; van a cazar. Aquí están, durante las faenas del campo, en las fincas de miss Amelia: el primo Lymon no mueve un dedo, pero está siempre ojo avizor para denunciar el menor síntoma de pereza entre los trabajadores. En las tardes de otoño se sientan en la escalera de atrás y trocean cañas de azúcar. Los días sofocantes del verano bajan al pantano, donde el ciprés de las marismas tiene un color verdinegro y hay una luz soñolienta sobre los matorrales. Si el sendero pasa por un hoyo enfangado o está cortado por un charco de agua negruzca, mira cómo miss Amelia se agacha para que el primo Lymon pueda subirse a su espalda; míralos cómo vadean, con el jorobado cabalgando sobre los hombros de ella, agarrado a sus orejas o sujetándose a su frente. Algunos días, miss Amelia saca el Ford que ha comprado y lleva al primo Lymon al cine de Cheehaw, a alguna feria distante o a ver una pelea de gallos; al jorobado le vuelven loco los espectáculos. Naturalmente, todas las mañanas están en su café, y durante muchas horas charlan sentados junto a la chimenea de la sala del piso alto. El jorobado pasa malas noches; le asusta quedarse solo en la oscuridad. Tiene miedo de morirse. Y miss Amelia no quiere dejarle

a solas con sus temores. Es posible que la instalación del café tenga también esta causa: sirve para que el jorobado esté acompañado y entretenido, y pase luego mejor la noche. Ya has echado un vistazo a lo que fueron aquellos años. De momento los dejaremos estar.

Pero creemos que el comportamiento de miss Amelia requiere una explicación; ha llegado el momento de hablar de amor. Porque miss Amelia estaba enamorada del primo Lymon. Esto lo podía ver cualquiera. Vivían en la misma casa y nunca se les veía separados. Por lo tanto, según la señora MacPhail, mujer chata y atareada que se pasa la vida cambiando de sitio los muebles de su sala, según ella y sus amigas, aquellos dos vivían en pecado. Si de verdad eran parientes, solo lo eran en segundo o tercer grado, y ni siquiera eso se podía probar. Claro que miss Amelia era una mujerona inmensa, de más de un metro ochenta; y el primo Lymon, un enclenque enanillo que no le llegaba a la cintura. Pero eso era una razón de más para que la señora MacPhail y sus comadres, que eran de esa clase de personas que se regodean hablando de uniones monstruosas y otras aberraciones. Dejémoslas hablar. Las buenas almas del pueblo pensaban que, si aquellos dos habían encontrado alguna satisfacción de la carne,

era un asunto que solo les concernía a ellos y a Dios. Pero todas las personas sensatas estaban de acuerdo en negar aquellas relaciones. ¿Qué clase de amor era, pues, aquel?

En primer lugar, el amor es una experiencia común a dos personas. Pero el hecho de ser una experiencia común no quiere decir que sea una experiencia similar para las dos partes afectadas. Hay el amante y hay el amado, y cada uno de ellos proviene de regiones distintas. Con mucha frecuencia, el amado no es más que un estímulo para el amor acumulado durante años en el corazón del amante. No hay amante que no se dé cuenta de esto, con mayor o menor claridad; en el fondo, sabe que su amor es un amor solitario. Conoce entonces una soledad nueva y extraña, y este conocimiento le hace sufrir. No le queda más que una salida, alojar su amor en su corazón del mejor modo posible; tiene que crearse un nuevo mundo interior, un mundo intenso, extraño y suficiente. Permítasenos añadir que este amante del que estamos hablando no ha de ser necesariamente un joven que ahorra para un anillo de boda; puede ser un hombre, una mujer, un niño, cualquier criatura humana sobre la tierra.

Y el amado puede presentarse bajo cualquier forma. Las personas más inesperadas pueden ser un estímulo para el amor. Se da por ejemplo el caso de un hombre que es ya un abuelo que chochea, pero sigue enamorado de una chica desconocida que vio una tarde en las calles de Cheehaw, hace veinte años. Un predicador puede estar enamorado de una perdida. El amado podrá ser un traidor, un imbécil o un degenerado; y el amante ve sus defectos como todo el mundo, pero su amor no se altera lo más mínimo por eso. La persona más mediocre puede ser objeto de un amor arrebatado, extravagante y bello como los lirios venenosos de las ciénagas. Un hombre bueno puede despertar una pasión violenta y baja, y en algún corazón puede nacer un cariño tierno y sencillo hacia un loco furioso. Es solo el amante quien determina la valía y la cualidad de todo amor.

Por esta razón, la mayoría preferimos amar a ser amados. Casi todas las personas quieren ser amantes. Y la verdad es que, en el fondo, el convertirse en amados resulta algo intolerable para muchos. El amado teme y odia al amante, y con razón, pues el amante está siempre queriendo desnudar a su amado. El amante fuerza la

relación con el amado, aunque esta experiencia no le cause más que dolor.

Ya se dijo que miss Amelia había estado casada. Ahora conviene traer a colación aquel curioso episodio. Recuerda que todo ocurrió hace mucho tiempo, y que fue el único contacto personal que había tenido miss Amelia, antes de la llegada del jorobado, con el fenómeno del amor.

El pueblo era entonces el mismo de ahora; la única diferencia es que había dos tiendas en lugar de tres, y que los melocotoneros que bordean la calle eran entonces más torcidos y más pequeños. Miss Amelia tenía diecinueve años, y su padre había muerto meses atrás. En aquel tiempo vivía en el pueblo un mecánico reparador de telares que se llamaba Marvin Macy. Era el hermano de Henry Macy, pero no se parecían en absoluto, ya que Marvin Macy era el hombre más guapo de la región; muy alto, fuerte, con unos ojos grises de mirar lento, y el pelo rizado. Se desenvolvía muy bien, ganaba buenos jornales y tenía un reloj de oro que se abría por detrás y se veía un cromo con unas cataratas. Desde un punto de vista externo y social, Marvin Macy pasaba por ser un sujeto

afortunado: no estaba a las órdenes de nadie y conseguía todo cuanto se le antojaba. Pero desde un punto de vista más serio y profundo, Marvin Macy no era un hombre envidiable, porque tenía un carácter endiablado. Su fama era tan mala como la del chico más perverso de la comarca, o aún peor. Cuando era todavía un niño, llevaba siempre en el bolsillo la oreja seca y en salazón de un hombre al que había matado con una navaja de afeitar en una pelea. Les cortaba las colas a las ardillas del pinar solo por divertirse, y llevaba en el bolsillo izquierdo del pantalón matas de mariguana (prohibida) para tentar a los que andaban deprimidos y propensos al suicidio. Pero, a pesar de su fama, era el ídolo de numerosas chicas de la región, entre las cuales había siempre varias chicas de pelo limpio y dulces ojos, de tiernas formas y modales encantadores. Marvin Macy echaba a perder a aquellas dulces jovencitas. Por fin, a los veintidós años, Marvin Macy escogió a miss Amelia. Aquella era la mujer que deseaba, aquella joven solitaria, desgarbada, de extraño mirar. Y no la quería por su dinero; se había enamorado de ella.

El amor cambió a Marvin Macy. Antes de enamorarse de miss Amelia, todos dudaban de que aquel bruto

pudiera tener alma y corazón. Pero había una explicación para su maldad: Marvin Macy había tenido una infancia muy dura. Había sido uno de los siete hijos indeseados de una pareja. Sus progenitores, indignos del nombre de padres, eran unos jóvenes montaraces que se pasaban la vida pescando y remando en el pantano. Cada hijo que les nacía (y tenían uno todos los años) era un estorbo para ellos. Por las noches, cuando volvían a su casa, se quedaban mirando a los niños como preguntándose de dónde habían podido salir: si los niños lloraban, les pegaban, y lo primero que aprendieron aquellas criaturas en este mundo fue a buscar el rincón más oscuro de la casa para esconderse bien. Estaban tan delgados que parecían duendecillos blancos, y no hablaban nunca, ni siquiera entre ellos. Los padres acabaron por abandonarlos definitivamente, dejándolos a merced de los vecinos. Fue en un invierno muy duro; la fábrica estuvo cerrada casi tres meses y hubo mucha hambre en el pueblo. Pero no vayas a creer que en este pueblo dejan que los niños blancos se mueran de hambre por las calles. Pasó lo siguiente: el mayor de los hermanos, que tenía ocho años, se marchó a Cheehaw y desapareció; tal vez se metió en un tren de mercancías y se fue a correr mundo, no se sabe. Los vecinos se hicieron cargo de otros

cuatro hermanitos, que fueron pasando de casa en casa, y, como estaban delicados, se murieron antes de Pascua. Quedaban Marvin Macy y Henry Macy, y los llevaron a casa de una buena mujer del pueblo llamada Mary Hale, que los adoptó y los cuidó como si fueran sus hijos. Los dos crecieron en aquella casa y recibieron buenos tratos.

Pero los corazones de los niños son unos órganos delicados. Una entrada dura en la vida puede dejarles deformados de mil extrañas maneras. El corazón herido de un niño se encoge a veces de tal forma que se queda ya para siempre duro y áspero como el hueso de un melocotón. O, al contrario, es un corazón que se ulcera y se hincha hasta volverse una carga penosa dentro del cuerpo, y cualquier roce lo oprime y lo hiere. Esto último es lo que ocurrió a Henry Macy, que es tan distinto de su hermano, pues Henry es el hombre más amable y más sensible del pueblo: les da su jornal a los necesitados, y en la época del café se quedaba los sábados por la noche cuidando a los niños, cuyos padres se habían ido de tertulia. Henry Macy es un hombre tímido, y se ve que es de los que tienen el corazón hinchado y sufren. En cambio, Marvin Macy se volvió descarado, audaz y cruel. Su corazón era tan duro como los cuernos del diablo, y

hasta que se enamoró de miss Amelia no hizo más que dar disgustos y cubrir de vergüenza a su hermano y a la buena mujer que le crio.

Pero el amor transformó a Marvin Macy. Durante dos años estuvo enamorado de miss Amelia, pero no se declaraba. Se quedaba a la puerta de su casa, con la gorra en la mano, con los ojos humildes y suplicantes, de un gris brumoso. Se reformó por completo. Empezó a portarse bien con su hermano y con su madre adoptiva, aprendió a no derrochar y ahorraba su salario. Y, lo que es más, empezó a volverse hacia Dios. Ya no se quedaba recostado en el suelo del porche, cantando y tocando la guitarra todo el domingo; iba a la iglesia y a las reuniones parroquiales. Aprendió buenos modales; se fue acostumbrando a ponerse en pie y a ceder su silla a las damas, y dejó de decir palabrotas y de armar camorra y de usar los nombres santos en vano.

Pasó por esta transformación durante dos años, y mejoró su carácter en todos sentidos. Y al término de los dos años fue una tarde a casa de miss Amelia, llevando un ramo de flores del pantano, un paquete de chucherías y un anillo de plata. Aquella tarde se declaró.

Y miss Amelia se casó con él. Más tarde, todo el mundo se preguntó por qué. Algunos dijeron que se había casado porque deseaba que le hicieran regalos de boda. Otros pensaron que la culpa había sido de la tía abuela de Cheehaw, que era una anciana insoportable y regañona. Sea cual fuere la causa, miss Amelia atravesó a grandes zancadas el pasillo de la iglesia, vestida con el traje de novia de su difunta madre, que era de seda amarilla, y le quedaba cortísimo. Fue una tarde de invierno, y el sol, que entraba por las vidrieras rojas de la iglesia, envolvía a la pareja en una luz extraña ante el altar. Mientras les leían las frases sacramentales, miss Amelia estuvo haciendo un gesto raro: se frotaba la palma de la mano derecha sobre el costado de su traje de seda. Estaba buscando el bolsillo de su mono, y, al no encontrarlo, se impacientaba y su cara tomaba una expresión aburrida y exasperada. Cuando el reverendo les hubo casado y hubo rezado las oraciones, miss Amelia salió precipitadamente de la iglesia, sin dar el brazo a su marido, y echó a andar por la calle delante de él.

La iglesia no queda lejos del almacén, así que los novios fueron a pie a su casa. Dicen que por el camino, miss Amelia se puso a hablar de un trato que había hecho

con un granjero para la compra de unas cargas de leña. La verdad es que se comportó con el novio lo mismo que si hubiera sido un cliente de los que iban al almacén a buscar *whisky*. Pero hasta entonces todo había marchado bien; el pueblo estaba agradecido, porque veía cómo había cambiado el amor a Marvin Macy, y esperaban que tal vez reformase también a la novia. Por lo menos contaban con que el matrimonio amansaría un poco a miss Amelia, con que la engordaría y llegaría a convertirla algún día en una mujer tratable.

Se equivocaron. Los chiquillos que estuvieron aquella noche curioseando por la ventana contaron todo lo que había pasado: primero, los novios cenaron unas cosas riquísimas que había preparado Jeff, el viejo cocinero negro de miss Amelia. La novia repitió de todos los platos, pero el novio apenas probó bocado. Luego, la novia se puso a hacer lo que hacía siempre: leyó el periódico, terminó un inventario de las mercancías del almacén, etcétera. El novio se quedó en la puerta con cara de tonto, sin que le hicieran caso. A las once, la novia cogió una lámpara y subió al primer piso. El novio subió detrás. Hasta entonces todo parecía bastante correcto, pero lo que ocurrió después fue cosa de impíos.

No había pasado media hora, cuando miss Amelia se precipitó escaleras abajo, en pantalones y chaqueta caqui. Su rostro se había ensombrecido tanto que parecía una negra. Cerró la puerta de la cocina de un portazo y le dio una patada tremenda. Luego se fue controlando; atizó el fuego, se sentó y colocó los pies sobre el fogón. Leyó el *Almanaque agrícola*, se tomó un café y se puso a fumar en la pipa de su padre. Su cara seria, huraña, había recobrado nuevamente su color natural. De vez en cuando anotaba en un papel algún dato del *Almanaque*. De madrugada entró en la oficina y destapó la máquina de escribir, que había comprado hacía poco, y empezó a teclear en ella torpemente. De esta manera transcurrió su noche de bodas. Cuando amaneció, salió al patio como si no hubiera pasado nada y se puso a clavar las tablas de una jaula de conejos que había empezado la semana anterior para vendérsela a alguien.

Un recién casado hace mal papel si no consigue acostarse con su bienamada y lo sabe todo el pueblo. Marvin Macy bajó aquel día con sus galas nupciales y con mala cara. Cómo había pasado la noche, solo Dios lo sabe. Se paseó por el patio mirando a miss Amelia, pero manteniéndose a distancia. Hacia el mediodía

se le ocurrió una idea y salió camino de Society City. Regresó cargado de regalos: una sortija con un ópalo, un medallón de esmalte rosa como los que estaban entonces de moda, una pulsera de plata con dos corazones grabados y una caja de bombones que le había costado dos dólares y medio. Miss Amelia apenas se fijó en aquellos hermosos presentes; abrió la caja de bombones, porque tenía hambre, y después miró los otros regalos como tasándolos… y los puso a la venta encima del mostrador. La noche transcurrió igual que la anterior, con la única diferencia de que miss Amelia se bajó su colchón de pluma y lo instaló junto al fogón de la cocina, y durmió allí como un ángel.

Así estuvieron tres días. Miss Amelia seguía ocupándose de sus asuntos, y se interesó mucho por la noticia de un puente que iban a construir a unos dieciséis kilómetros carretera abajo. Marvin Macy todavía iba detrás de ella por la casa, y se le notaba en la cara cuánto sufría. Al cuarto día hizo una cosa enormemente ingenua: fue a Cheehaw y volvió con un notario. Entonces, en la oficina de miss Amelia firmó un documento cediéndole todos sus bienes terrenos, que eran cuatro hectáreas de bosques maderables comprados con el dinero que

había ahorrado. Miss Amelia estudió cuidadosamente el documento para asegurarse de que no cabía ninguna posibilidad de engaño y lo guardó sin decir nada en el cajón de su mesa. Aquella tarde, cuando el sol brillaba todavía, Marvin Macy cogió una botella de *whisky* y se fue solo al pantano; al anochecer volvió borracho, se acercó a miss Amelia con ojos húmedos y abiertos, y le puso una mano en el hombro. Quería decirle algo, pero antes de que pudiera abrir la boca miss Amelia le dio un puñetazo en la cara con tanta fuerza que le derribó de espaldas contra la pared y le rompió un diente.

El final de aquel episodio solo se puede contar a grandes trazos: después del primer puñetazo, miss Amelia propinó muchos otros a su marido, siempre que se le ponía a tiro, y siempre que le veía borracho. Finalmente, le echó de su casa, y Marvin Macy se vio forzado a sufrir en público. Durante el día se quedaba rondando justo en el límite de las propiedades de miss Amelia, y, algunas veces, con ojos de loco, cogía su rifle y se sentaba allí a limpiarlo, mirando fijamente a miss Amelia. Si miss Amelia estaba asustada, no lo demostró, pero su cara parecía más sombría que nunca y escupía a menudo en el suelo. El último intento estúpido de Marvin Macy fue

trepar una noche a la ventana del almacén y quedarse allí sentado en la oscuridad, sin un propósito definido, hasta que miss Amelia bajó la escalera a la mañana siguiente. Aquello hizo a miss Amelia dirigirse inmediatamente al juzgado de Cheehaw, con la idea de que podría hacerle encerrar en la cárcel por allanamiento. Marvin Macy abandonó el pueblo aquel día, y nadie le vio marchar ni supo adónde se fue. Al marcharse, echó por debajo de la puerta de miss Amelia una carta larga y extraña, escrita en parte con lápiz y en parte con tinta. Era una arrebatada carta de amor, pero contenía también amenazas: Marvin juraba que haría pagar a miss Amelia todo el daño que le había hecho. El matrimonio de Marvin Macy había durado diez días. Y el pueblo sintió esa satisfacción especial que siente la gente cuando le juegan a alguien una mala pasada con medios escandalosos y terribles.

Miss Amelia se quedó con todo lo que había pertenecido a Marvin Macy: con su bosque maderable, con su reloj de oro, con todas sus posesiones. Pero no parecía conceder mucha importancia a aquel botín, y cuando llegó la primavera hizo pedazos la capucha de Ku Klux Klan de Marvin para cubrir sus plantas de tabaco. Así que Marvin Macy no hizo otra cosa que acrecentar

la riqueza de ella y ofrecerle amor. Pero, aunque parezca raro, ella nunca hablaba de Marvin sin una amargura y un desprecio terribles. Ni una sola vez llegó a referirse a él por su nombre, sino que le llamaba desdeñosamente «ese remiendatelares con el que me casé».

Y pasado el tiempo, cuando empezaron a llegar al pueblo rumores horripilantes sobre Marvin Macy, miss Amelia se mostró muy complacida, ya que, liberado de su amor, se había revelado al fin el verdadero carácter de Marvin Macy. Se convirtió en un criminal cuyo retrato y cuyo nombre aparecieron en todos los periódicos del estado. Robó en tres surtidores de gasolina y asaltó los almacenes A. & P. de Society City con una escopeta serrada. Fue sospechoso del asesinato de Sam Ojos de Chino, un conocido bandolero. Todos estos crímenes estuvieron relacionados con el nombre de Marvin Macy, hasta el punto de que su maldad se hizo famosa en muchos países. Al fin la justicia le capturó, borracho, en el suelo de un refugio de turistas, con su guitarra al lado y cincuenta y siete dólares en el zapato derecho. Fue juzgado, sentenciado y enviado al penal que hay cerca de Atlanta. Miss Amelia sintió una honda satisfacción.

Bueno, todo esto ocurrió hace mucho tiempo, y es la historia del matrimonio de miss Amelia. El pueblo se burló durante meses enteros de aquella historia grotesca. Pero, aunque los hechos externos de aquel amor sean indudablemente tristes y ridículos, no hay que olvidar que la verdadera historia fue la que tuvo lugar en el corazón del propio amante. ¿Quién, sino Dios, puede ser el último juez de este amor o de cualquier otro? En la primera noche del café hubo varios que pensaron de pronto en aquel esposo fallido, encerrado en una cárcel sombría a muchos kilómetros de allí. Y durante los años siguientes, el pueblo no olvidó del todo a Marvin Macy.

Nunca se pronunciaba su nombre en presencia de miss Amelia o del jorobado; pero el recuerdo de su pasión y de sus crímenes, y el pensamiento de aquel hombre prisionero en una celda del penal, era como un bajo continuo que acompañaba, turbador, el alegre amor de miss Amelia y la algazara del café. Así pues, no olvides a ese Marvin Macy, porque va a representar un papel terrible al final de esta historia.

Durante los cuatro años en que el almacén se iba transformando en café, las habitaciones de arriba no

sufrieron ningún cambio. Aquella parte de la casa se conservó tal como había estado toda la vida de miss Amelia, tal como había estado en tiempos de su padre y probablemente en tiempos del padre de su padre. Las tres habitaciones, como ya se ha dicho, estaban escrupulosamente limpias. Hasta el objeto más pequeño tenía su sitio exacto, y Jeff, el criado de miss Amelia, limpiaba y frotaba todo cada mañana. El cuarto de enfrente era el del primo Lymon; era el cuarto donde Marvin Macy había pasado las pocas noches que le admitieron en la casa, y antes de aquello había sido el dormitorio del padre de miss Amelia. El cuarto estaba amueblado con una cómoda grande, un escritorio cubierto con un tapete blanco y almidonado, con bordes de ganchillo, y una mesa con tablero de mármol. La cama era inmensa, con cuatro columnas talladas de palo de rosa oscuro. Tenía dos colchones de pluma, edredones y toda clase de comodidades hechas a mano. La cama era tan alta que guardaban debajo de ella dos escalones de madera; ningún ocupante había utilizado hasta entonces aquellos escalones, pero el primo Lymon los sacaba todas las noches y subía por ellos con solemnidad. Además de los escalones, aunque púdicamente empujado fuera de la vista, había un orinal de porcelana con rosas pintadas.

No había alfombras sobre el suelo oscuro y encerado, y las cortinas eran de una tela blanca, también con bordes de ganchillo.

Al otro lado de la sala estaba el dormitorio de miss Amelia, que era más pequeño y muy sencillo. La cama era estrecha, de madera de pino. Había una cómoda donde miss Amelia guardaba sus pantalones, sus blusas y su traje del domingo, y dos escarpias en la pared del baño para colgar sus botas de goma. No tenía cortinas, alfombras ni adornos de ninguna clase.

La habitación grande del centro, la sala, estaba muy recargada. Delante de la chimenea estaba el sofá de palo de rosa, tapizado de seda verde. Todo era de muy buena clase y ostentoso: las mesas de mármol, dos máquinas de coser Singer, un jarrón grande con ramas de las llamadas «hierba de las Pampas»… El mueble más importante de la sala era una vitrina grande que guardaba una serie de tesoros y curiosidades. Miss Amelia había añadido a aquella colección dos objetos: uno era una gran bellota de roble; el otro, una cajita de terciopelo que contenía un par de piedras pequeñas, grisáceas. Algunas veces, cuando no tenía mucho que hacer, miss Amelia sacaba

aquella cajita y se acercaba a la ventana con las piedrecillas en la palma de la mano, mirándolas con una mezcla de fascinación, respeto y miedo. Eran los cálculos renales de la propia miss Amelia, y se los había extraído el médico de Cheehaw hacía algunos años. Había sido una experiencia terrible, desde el primer momento hasta el último, y todo cuanto había sacado eran aquellas dos piedrecillas; tenía que concederles un valor extraordinario o, si no, reconocer que había hecho un pésimo negocio. Así que las conservaba, y al segundo año de la estancia del primo Lymon con ella las hizo montar como dijes en una cadena de reloj que le regaló. Tenía en gran estima el otro objeto que había añadido a la colección, la bellota grande; pero siempre que la miraba se quedaba triste y perpleja.

—Amelia, ¿qué significa esa bellota? —Le preguntó el primo Lymon.

—Ya lo ves; es solo una bellota —contestó miss Amelia—. No es más que una bellota que cogí la tarde en que murió papá.

—¿Cómo dices? —Insistió el primo Lymon.

—Digo que no es más que una bellota que vi en el suelo aquel día. La cogí y me la guardé en el bolsillo. No sé por qué.

—Vaya una razón para guardarla —dijo el primo Lymon.

Miss Amelia y el primo Lymon solían conversar mucho en las habitaciones de arriba, casi siempre en las primeras horas de la madrugada, cuando el jorobado no podía dormir. Miss Amelia era una mujer silenciosa por sistema, y no dejaba que se le fuera la lengua cada vez que algo le pasaba por la cabeza; pero había algunos temas de los que le encantaba hablar. Todos aquellos temas tenían un punto común: eran inagotables. Le gustaba contemplar problemas a los que se podía dar vueltas durante años y años, y que permanecían insolubles. Por su parte, el primo Lymon disfrutaba hablando de cualquier cosa, porque era un gran charlatán. Los dos enfocaban las conversaciones de un modo muy diferente: miss Amelia se mantenía siempre en el ancho campo de las generalizaciones y divagaciones, y hablaba y hablaba interminablemente con su voz baja y pensativa sin

llegar a ningún lado; y el primo Lymon, por su parte, la interrumpía de pronto para atrapar, como una urraca, algún detalle que, aunque no tuviera importancia, era al menos algo concreto y que ofrecía algún lado práctico. Algunos de los temas favoritos de miss Amelia eran las estrellas, el porqué los negros tienen la piel negra, el mejor tratamiento para el cáncer, etcétera. Su padre era también uno de sus temas más queridos e inagotables.

—Sí, Law —Le decía a Lymon—. En aquella época sí que dormía yo bien; me metía en la cama y en cuanto se apagaba la lámpara me dormía, vaya si me dormía; como si me hubiera ahogado en grasa caliente. Luego, al amanecer, entraba papá y me ponía la mano en el hombro, y me decía: «Ve moviéndote, Chiquita». Y luego más tarde subía de la cocina, cuando ya estaba el fogón caliente, y gritaba: «¡Fritos de maíz! ¡Ternera en su jugo! ¡Huevos con jamón!», y yo corría escaleras abajo y me vestía al lado del fogón mientras él se lavaba fuera en la bomba. Y luego nos íbamos a la destilería, o…

—Las tortas de maíz de esta mañana no estaban buenas —decía el primo Lymon—. Se habían frito demasiado aprisa y por dentro estaban crudas.

—Y cuando papá traficaba con el licor, en aquella época… —Y la conversación se prolongaba indefinidamente, con las largas piernas de miss Amelia estiradas ante la chimenea; porque encendían la chimenea invierno y verano, ya que Lymon era muy friolero. El jorobado se sentaba en una silla baja frente a miss Amelia; los pies apenas le llegaban al suelo, y generalmente llevaba el torso bien arropado con una manta o con un chal verde de lana. Miss Amelia no hablaba de su padre a nadie más que al primo Lymon.

Aquella era una de sus pruebas de amor. El jorobado era su confidente en las materias más delicadas e importantes. Solo él sabía dónde guardaba miss Amelia un plano en el que estaba señalado el lugar donde había enterrados ciertos barriles de *whisky*, en una de sus tierras, allí cerca. Solo él tenía acceso a su talonario de cheques, y la llave de la vitrina de los tesoros. El jorobado sacaba dinero de la caja registradora, puñados enteros de dinero, y le gustaba el ruido que hacían las monedas en su bolsillo. Casi todas las cosas de la casa le pertenecían, porque, cuando se enfadaba, miss Amelia se ponía a dar vueltas buscándole algún regalo… Así que ahora apenas quedaba nada a mano para dárselo. La única parte de su

vida que miss Amelia no quería compartir con el primo Lymon era el recuerdo de sus diez días de matrimonio. Marvin Macy era el único tema del que no hablaba nunca con él.

Deja, pues, pasar los años lentos y llega a una tarde de sábado, seis años después de la aparición del primo Lymon en el pueblo. Era en agosto, y el firmamento había estado ardiendo todo el día sobre el pueblo como una sábana de fuego. Iban ya oscureciendo los resplandores verdosos del crepúsculo y por doquier reinaba una sensación de serenidad y calma. La calle estaba alfombrada con una capa de polvo seco y dorado, de dos centímetros y medio de espesor, y los niños pequeños correteaban medio desnudos, estornudaban mucho, sudaban y estaban inquietos e irritables. La fábrica había cerrado al mediodía.

Los vecinos de las casas de la calle principal pasaban el rato sentados en sus escalones, y las mujeres se daban aire con abanicos de hoja de palma. En la fachada de la casa de miss Amelia había un letrero: CAFÉ. El porche de atrás estaba más fresco gracias a la sombra de una celosía de madera, y el primo Lymon estaba allí sentado,

dando vueltas a una heladora. De vez en cuando quitaba la sal y el hielo, y sacaba la tapa para chupar un poco y ver cómo iba quedando su obra. Jeff guisaba en la cocina. Aquella mañana, temprano, miss Amelia había puesto en la pared del porche delantero un aviso: «Cena de pollo. Esta noche veinte centavos». El café ya estaba abierto, y miss Amelia acababa de terminar el trabajo de la oficina. Las ocho mesas estaban ocupadas y la pianola tocaba una musiquilla estridente.

En un rincón, cerca de la puerta y sentado a una mesa con un niño, estaba Henry Macy. Bebía un vaso de *whisky*, cosa rara en él, pues el alcohol se le subía a la cabeza en seguida y le hacía llorar o cantar. Tenía la cara muy pálida, y su ojo izquierdo se cerraba constantemente con un tic nervioso, como le ocurría siempre que estaba agitado. Había entrado en el café arrimándose a la pared y en silencio, y cuando le saludaron no dijo nada. El niño que tenía al lado era de Horace Wells, y lo habían dejado aquella mañana en casa de miss Amelia para que le curase.

Miss Amelia salió de su oficina de buen talante. Se ocupó de algunos pormenores en la cocina y entró en

el café con una rabadilla de gallina entre los dedos, pues aquel era su bocado predilecto. Echó una ojeada a la sala, vio que todo andaba bien y se dirigió a la mesa del rincón donde estaba Henry Macy. Dio la vuelta a la silla y se sentó a horcajadas apoyada en el respaldo; solo quería matar el tiempo, porque todavía no estaba su cena. En el bolsillo de atrás del mono llevaba una botella de Kroup Kure, un medicamento hecho con *whisky*, caramelo y un ingrediente secreto. Miss Amelia destapó la botella y se la metió en la boca al niño. Luego se volvió a Henry Macy y, al ver los guiños nerviosos de su ojo izquierdo, le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Henry Macy parecía a punto de explicar algo difícil, pero después de mirar largamente a los ojos de miss Amelia tragó saliva y no dijo nada. Miss Amelia se volvió a su paciente. Solo sobresalía la cabeza del niño por encima de la mesa. Tenía la cara muy encarnada, con los párpados medio cerrados y la boca abierta. Le había salido un grano grande, duro e hinchado en el muslo, y le habían llevado para que miss Amelia se lo reventara. Pero miss Amelia empleaba un método especial con los

niños: no le gustaba hacerles daño y verles asustados y pataleando. Por eso había dejado que el niño correteara por la casa todo el día, y le había ido dando jarabes y dosis frecuentes de Kroup Kure, y al caer la tarde le ató una servilleta al cuello y le dio una buena cena. Ahora estaba el niño cabeceando sobre la mesa, y a veces, al respirar, dejaba escapar un gruñidito de cansancio.

De pronto, se notó un revuelo en el café, y miss Amelia miró rápidamente en torno. Había entrado el primo Lymon. El jorobado cruzó el café con pasitos arrogantes, como todas las noches, y cuando llegó al centro exacto del local se paró en seco y miró inquisitivamente a su alrededor, recontando a los clientes y calculando el material emocional que había disponible aquella noche. El jorobado era un ser maligno: disfrutaba con las emociones fuertes, y se las componía para enzarzar a la gente sin decir una palabra, de un modo asombroso. Él era el culpable de que los mellizos Rainey hubiesen disputado por una navaja hacía dos años, y de que no hubieran vuelto a hablarse desde entonces. Él estuvo presente cuando la gran pelea entre Rip Wellborn y Robert Calvert Hale, y en todas las otras peleas que, de resultas

de aquella, hubo en el pueblo desde su llegada. Metía las narices en todas partes, se enteraba de las intimidades de todo el mundo y se pasaba la vida entrometiéndose en todo. Y a pesar de eso, por raro que parezca, era el alma del café. Nunca había tanta alegría como cuando él estaba presente. Siempre que entraba en el salón se notaba una repentina tensión en el ambiente, porque cuando aquel enredador andaba por medio no sabía uno nunca qué se le podía venir a uno encima, o qué iba a ocurrir allí en cualquier momento. La gente no se siente nunca tan a sus anchas ni tan libre de cuidados como cuando entrevé la posibilidad de alguna conmoción o calamidad. Por eso, cuando el jorobado hizo su entrada en el café, todos le miraron y de pronto se oyó un alboroto de voces y de botellas descorchadas.

Lymon saludó con la mano a Stumpy MacPhail, que estaba en una mesa con Merlie Ryan y Henry Ford Crimp.

—Hoy he ido paseando hasta Lago Podrido, para pescar —dijo—. Y en el camino tropecé con una cosa que al principio me pareció un árbol grande caído. Pero, al pasarle por encima, siento algo que se mueve, miro otra vez, y me encuentro encima de un cocodrilo, tan largo como de esa puerta a la cocina, y más gordo que un cerdo.

El jorobado siguió parloteando. Todos le miraban de vez en cuando, y algunos escuchaban su cháchara y otros no. Había días en que no decía más que mentiras y fanfarronadas. Nada de lo que contaba esta noche era verdad. Había estado en la cama todo el día, con la garganta inflamada por el calor, y no se había levantado hasta última hora de la tarde, para dar vueltas a la heladora. Todo el mundo lo sabía, pero él seguía allí, de pie en medio del café, contando aquellos embustes y baladronadas hasta que le daba a uno dolor de cabeza.

Miss Amelia lo observaba con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza ladeada. Había ternura en sus extraños ojos grises, y sonreía suavemente, ensimismada. A veces levantaba los ojos del jorobado y los dirigía a las otras personas del café, y entonces su mirada era orgullosa y un tanto amenazadora, como si estuviera retándoles a todos a que se atreviesen a reírse del jorobado por todas aquellas majaderías. Jeff entraba con las cenas ya servidas en platos, y los nuevos ventiladores eléctricos daban al café un agradable frescor.

—El niño se ha dormido —dijo al fin Henry Macy.

Miss Amelia bajó la vista al paciente que tenía a su lado y compuso su rostro para su próxima actuación. El

niño tenía la barbilla apoyada en la esquina de la mesa, y por la comisura de la boca le babeaba un poco de Kroup Kure. Tenía los ojos cerrados y en el borde de los párpados se le había hospedado pacíficamente una pequeña familia de mosquitos. Miss Amelia le puso la mano en la cabeza y se la sacudió con fuerza, pero el paciente no se movió. Entonces miss Amelia tomó al niño en brazos, con cuidado de no tocar la pierna enferma, entró en su oficina seguida por Henry Macy y cerraron la puerta.

El primo Lymon se aburría aquella tarde. No pasaba nada de particular, y, a pesar del calor, los parroquianos del café estaban de buen talante. Henry Ford Crimp y Horace Wells estaban en la mesa del centro, abrazados por los hombros, contándose un chiste muy largo; pero cuando el jorobado se acercó a ellos no le sirvió de nada porque se había perdido el principio de la historia. La luz de la luna iluminaba la calle polvorienta, y los pequeños melocotoneros estaban negros y quietos; no había brisa alguna. El soñoliento zumbido de los mosquitos de la ciénaga era como un eco de la noche silenciosa. El pueblo estaba oscuro; solamente allá abajo, a la derecha del camino, se veía la luz de una lámpara. En algún lugar de la noche, una mujer cantaba con voz aguda, salvaje,

una canción que no tenía principio ni fin, y estaba formada por tres notas solas, que se repetían una vez, y otra, y otra. El jorobado estaba de pie en el porche, apoyado en la baranda, mirando hacia el camino vacío, como esperando que alguien llegase por allí. Al cabo de un momento oyó unos pasos que se acercaban, y luego una voz:

—Primo Lymon, ya tienes la cena en la mesa.

—Esta noche no tengo mucho apetito —dijo el jorobado, que se había pasado todo el día tomando rapé dulce—. Tengo la boca amarga.

—Solo un bocadito —dijo miss Amelia—. La pechuga, el hígado y el corazón.

Volvieron juntos al café iluminado y se sentaron con Henry Macy. Su mesa era la mayor del café, y había sobre ella un ramillete de lirios del pantano en una botella de Coca Cola. Miss Amelia había terminado con su paciente y estaba satisfecha de sí misma. Solo se habían oído unos lloriqueos soñolientos al otro lado de la puerta de la oficina, y, antes de que el enfermito se despertara, todo había terminado. El niño estaba ahora echado sobre el

hombro de su padre y dormía profundamente. Con los brazos colgando inertes a lo largo de la espalda del padre y la cara muy encarnada, salía ya del café, camino de su casa.

Henry Macy seguía callado. Comía cuidadosamente, sin hacer ruido, y no era tan ansioso como el primo Lymon, que, después de decir que no tenía apetito, se estaba sirviendo plato tras plato. De vez en cuando, Henry Macy miraba a miss Amelia y luego volvía a bajar la vista.

Era una típica noche de sábado. Una pareja de viejos que habían venido del campo estuvieron titubeando un momento en la puerta, cogidos de la mano, y al fin se decidieron a entrar. Llevaban tanto tiempo viviendo juntos que se parecían como hermanos gemelos. Eran morenos, arrugados, parecían dos cacahuetes caminantes. Se marcharon temprano, y hacia la medianoche se habían ido casi todos los parroquianos. Rosser Cline y Merlie Ryan seguían jugando a las damas, y Stumpy MacPhail estaba sentado con una botella de *whisky* encima de la mesa (su mujer no toleraba el *whisky* en su casa) y sostenía pacíficas conversaciones consigo mismo. Henry Macy no se había marchado todavía, y esto era algo raro

en él, que siempre se iba a la cama al caer la noche. Miss Amelia bostezó, pero Lymon estaba nervioso y ella no quería insinuar que ya era la hora del cierre.

Al fin, a eso de la una, Henry Macy se puso a mirar una esquina del techo y dijo con calma a miss Amelia:

—Hoy he tenido una carta.

Miss Amelia no iba a impresionarse por una cosa así, porque recibía un montón de cartas de negocios y de catálogos.

—Sí; he recibido carta de mi hermano —dijo Henry Macy.

El jorobado, que había estado dando vueltas por el café a pasitos de ganso, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, se detuvo de pronto. Tenía un instinto agudo para notar el menor cambio en el ambiente; echó una ojeada a todas las caras presentes y esperó.

Miss Amelia frunció el entrecejo y apretó el puño.

—Te felicito —dijo.

—Está bajo palabra. Ha salido del penal.

A miss Amelia se le había puesto la cara muy oscura; y, a pesar del calor que hacía aquella noche, se estremeció. Stumpy MacPhail y Merlie Ryan empujaron las damas a un lado. El café estaba en silencio.

—¿Quién? —preguntó el primo Lymon, y sus orejas grandes y pálidas parecían crecer y quedarse enhiestas—. ¿Qué?

Miss Amelia dio un golpe en la mesa con las palmas de las manos.

—Porque Marvin Macy es un… —pero la voz se le enronqueció y solo dijo al cabo de unos momentos—: su sitio está en ese penal para el resto de su vida.

—¿Qué es lo que hizo? —preguntó el primo Lymon.

Hubo una larga pausa porque ninguno sabía exactamente cómo contestar a aquella pregunta.

—Atracó tres estaciones de gasolina —dijo Stumpy MacPhail. Pero su explicación no parecía muy convincente y daba la sensación de que quedaban por mencionar muchos pecados.

El jorobado estaba impaciente. No podía soportar que le dejaran al margen de nada, ni siquiera de una gran desgracia. El nombre de Marvin Macy le era desconocido, pero le atormentaba como cualquier asunto al que se aludiera en su presencia sin estar él bien enterado, como cuando se referían a la serrería vieja que habían desmontado antes de su llegada o cuando dejaban escapar alguna frase casual sobre el pobre Morris Finestein, o recordaban algún suceso acaecido cuando no estaba él. Aparte de esta curiosidad innata, al jorobado le interesaban muchísimo todas las variedades de robos y de crímenes. Empezó a dar vueltas en torno a la mesa, repitiéndose las palabras «libertad bajo palabra» y «penal». Pero, aunque hizo preguntas insistentes, no pudo sacar nada en claro, ya que nadie se atrevía a hablar de Marvin Macy en el café, delante de miss Amelia.

—La carta no decía gran cosa —dijo Henry Macy—. No me decía a dónde pensaba ir.

—Al cuerno —dijo miss Amelia, que tenía todavía la cara ceñuda y ensombrecida—. En mi casa no volverá a poner las pezuñas jamás.

Empujó la silla hacia atrás y se dispuso a cerrar el café. El pensar en Marvin Macy debió de llenarla de temores, porque cargó con la caja registradora y la metió en un escondrijo de la cocina. Henry Macy bajó a la calle oscura. Pero Henry Ford Crimp y Merlie Ryan se quedaron un rato en el porche de delante. Merlie Ryan presumiría después y juraría que aquella noche tuvo un presentimiento de lo que iba a ocurrir. Pero el pueblo no le hizo caso, porque Merlie Ryan estaba siempre dándose importancia con cosas así. Miss Amelia y el primo Lymon estuvieron un rato hablando en la sala. Y cuando el jorobado pensó por fin que ya podría dormir, miss Amelia le arregló el mosquitero sobre la cama y esperó a que él terminara sus oraciones. Entonces se rasó su largo camisón, se fumó dos pipas, pero tardó aún mucho tiempo en irse a dormir.

Aquel otoño fue alegre. Hubo una cosecha muy buena en la comarca, y en el mercado de Forks Falls el precio del tabaco se mantuvo firme, aquel año. Después de un largo verano, los primeros días frescos tenían una dulzura limpia y brillante. Crecían florecitas amarillas a los lados de los caminos polvorientos, y la caña de azúcar estaba madura y rojiza. Todos los días llegaba el autobús

de Cheehaw para llevarse a unos cuantos niños pequeños a la escuela comarcal. Los chicos mayores iban a cazar zorros en los pinares; las ropas de invierno se aireaban en las cuerdas de tender, y las batatas quedaron preparadas en el suelo, cubiertas con paja, para los meses fríos. Por las tardes se elevaban de las chimeneas delicadas columnas de humo, y la luna estaba redonda y de color naranja en el cielo de otoño. No hay una paz comparable a la quietud de las primeras noches frías del año. Algunas veces, en las noches sin viento, se podía oír en el pueblo el leve y agudo silbido del tren que pasa por Society City camino del norte lejano.

Para miss Amelia Evans aquel fue un período de gran actividad. Trabajaba desde la salida del sol hasta la noche. Construyó un condensador nuevo y más grande para su destilería, y en una semana sacó *whisky* bastante para empapar toda la región. Su vieja mula estaba mareada de tanto triturar cañota, y miss Amelia escaldó sus tarros y se puso a hacer conservas de pera. Esperaba con impaciencia las primeras heladas, porque había comprado tres cerdos tremendos y pensaba hacer muchos embutidos, salchichas y menudillos.

Por aquellos días la gente le notó a miss Amelia algo especial. Se reía mucho, con una risa profunda y sonora, y sus silbidos tenían un no sé qué melodioso y pícaro. Se pasaba el tiempo probando sus fuerzas, levantando objetos pesados o tocándose con un dedo los duros bíceps. Un día se sentó frente a la máquina de escribir y redactó un cuento. En el cuento salían hombres forasteros, puertas secretas y millones de dólares. El primo Lymon iba siempre detrás de ella trotando pegado a sus pantalones, y miss Amelia le miraba con ojos tiernos y brillantes, y cuando pronunciaba su nombre había en su voz un dejo amoroso.

Por fin llegaron los primeros fríos. Una mañana, al despertarse, miss Amelia vio flores de hielo en los cristales, y la escarcha había plateado las hierbas del patio. Miss Amelia encendió un buen fuego en la cocina y luego salió para estudiar el tiempo. Hacía un aire frío y cortante, y el cielo estaba verde pálido y despejado. En seguida empezó a llegar gente del campo para saber qué pensaba miss Amelia del tiempo. Miss Amelia decidió matar el cerdo más grande, y la noticia corrió por las granjas de los alrededores. El cerdo fue sacrificado, y encendieron un fuego bajo de carbón de encina en el

hoyo de la barbacoa. En el patio olía a sangre caliente del cerdo y a humo, y había ruido de pasos y de voces en el aire invernal. Miss Amelia iba de un lado para otro dando órdenes, y pronto se terminó la mayor parte del trabajo.

Tenía que resolver un asunto aquel día en Cheehaw, así que, después de asegurarse de que todo marchaba bien, sacó el coche y se preparó para salir. Dijo al primo Lymon que fuera con ella; en realidad, se lo pidió siete veces, pero el jorobado no quería perderse el jaleo de la matanza y no quiso ir. Esto pareció contrariar a miss Amelia, pues le gustaba tenerle siempre a su lado y le entraba una nostalgia terrible en cuanto se separaba de él. Pero después de pedirle siete veces que la acompañara ya no insistió más. Antes de irse buscó un palo y trazó un círculo alrededor del hoyo de la barbacoa, a medio metro de la parrilla, y le dijo que no pasara de aquella raya. Salió después de comer y pensaba volver antes de que se hiciera de noche.

Como sabes, no es tan raro que un camión o un auto pasen por el camino y crucen el pueblo cuando van de Cheehaw a otras partes. Todos los años viene el

recaudador de contribuciones a discutir con la gente rica como miss Amelia. Y si alguien del pueblo, Merlie Ryan, por ejemplo, se hace ilusiones de que va a poder comprarse un automóvil a crédito, y cree que pagando tres dólares le van a dar un hermoso frigorífico como los que anuncian en los escaparates de Cheehaw, entonces, aparece un hombre de la ciudad y empieza a hacer preguntas indiscretas, se entera de todas sus dificultades y echa por tierra sus proyectos de compras a plazos. Algunas veces, sobre todo desde que están trabajando en la carretera de Forks Falls, cruzan el pueblo los coches que llevan a los presos. Y hay bastantes conductores que se pierden y se paran a preguntar cómo pueden volver a su camino. Así pues, no fue nada anormal que a última hora de aquella tarde pasara un camión por delante del molino y se detuviera en medio de la calle, cerca del café de miss Amelia. Un hombre bajó de un salto de la parte de atrás del camión, y el camión siguió su camino.

El hombre se quedó en medio de la calle y miró a su alrededor. Era un hombre alto, de pelo castaño y rizado, y ojos de un azul oscuro, de mirar lento. Tenía los labios muy encarnados y se sonreía con la media sonrisa perezosa de los fanfarrones. Llevaba una camisa roja y

un cinturón ancho de cuero repujado; todo su equipaje consistía en una maleta de hojalata y una guitarra. La primera persona del pueblo que vio al recién llegado fue el primo Lymon, que oyó el ruido del camión que arrancaba y salió a investigar. El jorobado asomó la cabeza por la esquina del porche, sin salir del todo. El hombre y él se quedaron mirándose, y aquella no era la mirada de dos desconocidos que se encuentran por primera vez y se estudian el uno al otro rápidamente. Era una mirada especial, como de dos criminales que se reconocen. Entonces el hombre de la camisa roja levantó el hombro izquierdo, dio la vuelta y se fue. El jorobado estaba muy pálido mientras veía alejarse al hombre, y al cabo de unos momentos empezó a seguirle calle abajo con cuidado, manteniéndose a bastante distancia.

En seguida se supo en todo el pueblo que Marvin Macy había vuelto. Primero fue al molino, apoyó los codos perezosamente en el marco de una ventana y se quedó mirando adentro. Le gustaba ver trabajar a los demás, como les pasa a todos los vagos de nacimiento. Una especie de confusión paralizadora se apoderó de la fábrica: los tintoreros dejaron las tinas humeantes, los hiladores y los tejedores se olvidaron de sus máquinas

y ni siquiera Stumpy MacPhail, que era capataz, sabía exactamente qué hacer. Marvin Macy seguía sonriendo con su húmeda media sonrisa, y cuando vio a su hermano no se alteró su expresión petulante. Después de mirar al molino, Marvin Macy bajó por la calle hasta la casa donde se había criado, y dejó su maleta y su guitarra en el porche. Entonces dio la vuelta a la alberca y fue a ver la iglesia, las tres tiendas y el resto del pueblo. El jorobado le seguía a distancia, con las manos en los bolsillos y la carita todavía muy pálida.

Se había hecho tarde. Ya se estaba poniendo el rojo sol de invierno, y el cielo tenía por el oeste un color dorado profundo y carmesí. Los vencejos peluchones de las chimeneas volaron a sus nidos; se encendieron las lámparas. De tiempo en tiempo se notaban el olor de humo y el aroma denso y cálido de la barbacoa que se asaba despacio en la parrilla detrás del café. Después de dar una vuelta por el pueblo, Marvin Macy se paró delante de la casa de miss Amelia y leyó el letrero del porche.

Luego entró sin vacilar por el corral lateral. El molino emitió un silbido agudo y solitario, y se terminó la jornada

de trabajo. En seguida se reunieron otros hombres en el patio posterior de miss Amelia, además de Marvin Macy: Henry Ford Crimp, Merlie Ryan, Stumpy MacPhail, y muchos chiquillos y gente que se quedaron curioseando por allí. Se habló poco.

Marvin Macy estaba solo a un lado del foso, y los demás estaban agrupados al otro lado. El primo Lymon se quedó algo apartado de todos y no quitaba los ojos del rostro de Marvin Macy.

—¿Qué tal lo has pasado en el penal? —preguntó Merlie Ryan, con una risita tonta.

Marvin Macy no contestó. Se sacó del bolsillo posterior del pantalón una gran navaja, la abrió despacio y empezó a afilarla pasándosela por los fondillos. Merlie Ryan se quedó de pronto muy callado y se colocó detrás de la ancha espalda de Stumpy MacPhail.

Miss Amelia no volvió a su casa hasta el anochecer. Oyeron lejos el ruido de su coche, y luego la puerta que se abría y unos golpes, como si estuviera subiendo algún bulto por la escalera. Ya se había puesto el sol, y caía la neblina azul de los atardeceres de invierno. Miss Amelia

bajó muy despacio los escalones de la parte de atrás y los hombres que estaban en su patio se quedaron silenciosos, esperando. Había en el mundo pocas personas capaces de hacerle frente a miss Amelia; y ella odiaba a Marvin Macy de un modo singular y feroz. Todos pensaron que se iba a poner de pronto a vociferar, que agarraría algún objeto peligroso y le echaría del pueblo. Al principio no vio a Marvin Macy, y su cara tenía aquella expresión soñadora y aliviada, como siempre que volvía a su casa después de haber estado algo alejada de ella.

Miss Amelia debió ver a Marvin Macy y al primo Lymon al mismo tiempo. Miró al uno, miró al otro, pero no fue en el expresidiario donde finalmente se posó su mirada de desmayado asombro: miss Amelia, como todos, se quedó mirando al primo Lymon; y este era, desde luego, algo digno de verse.

El jorobado estaba en el extremo del foso, con su cara pálida iluminada por el resplandor suave del fuego de encina. El primo Lymon tenía una habilidad muy peculiar, que utilizaba siempre que quería congraciarse con alguien: se quedaba muy quieto, un poco concentrado, y empezaba a mover sus enormes orejas

pálidas con una rapidez y una facilidad asombrosas. Empleaba aquel truco siempre que quería sacarle algo especial a miss Amelia, y ella lo encontraba irresistible. Y ahora las orejas del jorobado aleteaban furiosamente en su cabeza, pero no era a miss Amelia a quien estaba mirando esta vez: el jorobado sonreía a Marvin Macy, implorante, casi desesperadamente. Al principio, Marvin Macy no le prestó atención, y cuando al fin le miró fue sin apreciación de ninguna clase.

—¿Qué le pasa al jorobeta este? —preguntó, señalándole rudamente con el pulgar.

Nadie respondió. Y el primo Lymon, viendo que con aquella gracia no adelantaba nada, añadió nuevos métodos de persuasión. Se puso a mover rápidamente los párpados, que parecían pálidas mariposillas atrapadas en las cuencas de sus ojos; zapateó, gesticuló con los brazos y, finalmente, inició una especie de bailecillo parecido a un trote. Allí, en la última claridad de la tarde invernal, parecía el hijo de un duende del pantano.

Entre todos los que estaban en el patio, Marvin Macy fue el único que no se impresionó.

—¿Es que le ha dado un ataque al enano? —preguntó; y, como nadie le contestara, se adelantó y dio al primo Lymon un manotazo en la cabeza. El jorobado se tambaleó y cayó al suelo. Se quedó allí sentado, con los ojos levantados hacia Marvin Macy, y sus orejas, con gran esfuerzo, todavía lograron batir en un débil y desesperado aleteo.

Entonces se volvieron todos a mirar a miss Amelia para ver qué iba a hacer. Durante aquellos años, nadie se había atrevido a tocar ni un pelo del primo Lymon, aunque a más de uno le hubiera gustado hacerlo. Bastaba con que alguien le hablara con dureza al jorobado para que miss Amelia cortase el crédito a tan malvado mortal y le hiciera la vida imposible durante mucho tiempo. Por eso, a nadie le hubiera sorprendido ver ahora a miss Amelia agarrar el hacha del cobertizo y abrirle la cabeza a Marvin Macy. Pero no hizo nada de eso.

Había ocasiones en que miss Amelia parecía caer en una especie de trance; la causa de aquellos trances era, por lo general, conocida y comprendida. Porque miss Amelia era un médico considerado, que no sacaba las raíces del pantano y otros ingredientes desconocidos para dárselos

al primer paciente que llegara. Siempre que inventaba un medicamento nuevo lo probaba ella primero. Se tragaba una dosis enorme y se pasaba el día siguiente yendo y viniendo, con aire pensativo, del café al retrete de ladrillo. Muchas veces, cuando aparecía una epidemia de gripe aguda, miss Amelia se quedaba muy quieta, de pie, mirando al suelo y con los puños apretados. Estaba tratando de averiguar qué órgano resultaba afectado, y cuál sería la dolencia que el nuevo medicamento podía aliviar mejor. Y ahora, mientras observaba al jorobado y a Marvin Macy, la cara de miss Amelia tenía ese mismo aire tenso, como si estuviera acechando un dolor interno, aunque esta vez no había tomado ningún medicamento nuevo.

—Así aprenderás, jorobeta —dijo Marvin Macy.

Henry Macy se echó hacia atrás el mechón de pelo blanquecino que le caía sobre la frente y tosió nerviosamente. Stumpy MacPhail y Merlie Ryan restregaron los pies en el suelo, y los niños y los negros que estaban a la entrada del patio enmudecieron. Marvin Macy cerró la navaja que tenía en la mano y, después de mirar a su alrededor sin temor alguno, salió del patio contoneándose. Las ascuas del foso se iban convirtiendo

en cenizas como plumas grises; ya la noche había caído completamente.

He aquí cómo Marvin Macy volvió del penal. En todo el pueblo no hubo una persona que se alegrara de verle. Hasta la señora Mary Hale, que era tan buena mujer y le había criado con tanto cariño, hasta aquella anciana madre adoptiva, en cuanto le vio, dejó caer la cazuela que tenía en las manos y rompió a llorar. Pero a aquel Marvin Macy nada le desconcertaba. Se sentó en los escalones de atrás de la casa de Hale, se puso a tocar la guitarra perezosamente y cuando estuvo hecha la cena apartó a los niños de la casa y se sirvió un plato colmado, aunque apenas había tortas y carne para todos. Después de cenar se instaló en el rincón de dormir mejor y más caliente del cuarto de delante y ninguna pesadilla turbó su sueño. Miss Amelia no abrió el café aquella noche. Atrancó con mucho cuidado todas las puertas y las ventanas, dejó una lámpara encendida en su cuarto toda la noche y no se les vio por ningún lado a ella ni al primo Lymon.

Como era de esperar, Marvin Macy trajo mala suerte desde el primer momento. Al día siguiente, el tiempo cambió de repente y empezó a hacer calor. Ya desde las

primeras horas de esa mañana se notaba un bochorno pegajoso; el viento traía el olor podrido de la ciénaga y sobre la alberca zumbaba una nube de mosquitos. Aquel calor no era propio de la estación, era peor que en agosto; hizo mucho daño, porque casi todos los que tenían un cerdo habían imitado a miss Amelia y lo habían matado el día anterior. Y ¿cómo iba a conservarse el cerdo con un tiempo semejante? A los pocos días había por todo el pueblo un olor a carne pasada y un ambiente de mal humor por tanta pérdida. Y lo peor fue que en una fiesta familiar cerca de la carretera de Forks Falls comieron asado de cerdo y murieron todos, desde el primero hasta el último. Estaba claro que su cerdo se había echado a perder. Y ¿quién iba a saber si el resto de la carne se había estropeado o no? Los vecinos estaban desgarrados entre el deseo del buen sabor del cerdo y el temor a la muerte. Fueron unos días de ruina y confusión.

Y el culpable de todo, Marvin Macy, no tenía la menor vergüenza. Se le veía en todas partes. Durante las horas de trabajo andaba por los alrededores de la fábrica y se asomaba a mirar por las ventanas; y los domingos se ponía su camisa roja y se exhibía por la calle principal con su guitarra. Todavía era guapo, con aquel pelo castaño,

aquellos labios tan rojos y los hombros tan anchos y tan fuertes; pero su maldad era ya demasiado famosa para que su buen aspecto le sirviera de nada. Y aquella maldad no se medía solo por los pecados cometidos. Efectivamente, había robado en aquellas estaciones de gasolina. Y ya antes había echado a perder a las más tiernas chicas de la región y se había reído de su hazaña. Se le podían achacar toda clase de iniquidades, pero había algo en él que no tenía nada que ver con sus crímenes: era una maldad secreta, algo que se desprendía de él como un olor. Y otra cosa, no sudaba jamás, ni siquiera en agosto; esa es seguramente una señal que vale la pena tener en cuenta.

Y en el pueblo pensaban que ahora era más peligroso que nunca, porque en el penal de Atlanta debía de haber aprendido a embrujar. ¿Cómo se explicaba, si no, su influencia en el primo Lymon? Porque desde el momento en que vio a Marvin Macy, el jorobado estaba poseído por un mal espíritu. A todas horas quería ir detrás de aquel presidiario, y no hacía más que inventar trucos estúpidos para llamar su atención. Pero Marvin Macy le trataba brutalmente o no le hacía el menor caso. A veces el jorobado se daba por vencido, se encaramaba a la barandilla del porche igual que un pájaro enfermo

a un cable del teléfono y lanzaba sus quejas a los cuatro vientos.

—Pero, ¿por qué? —preguntaba miss Amelia con los puños apretados, clavando en él su mirada gris y bisoja.

—¡Ay, Marvin Macy! —berreaba el jorobado, y el sonido de aquel nombre bastaba para alterar el ritmo de sus sollozos y le hacía hipar—. ¡Ha estado en Atlanta!

Miss Amelia movía la cabeza y su cara se endurecía y oscurecía. En primer lugar, los viajes la irritaban; despreciaba a esas gentes inquietas que habían hecho el viaje a Atlanta o que se habían alejado ochenta kilómetros del pueblo para ver el océano.

—El haber ido a Atlanta no es ningún mérito.

—¡Ha estado en el penal! —decía el jorobado, muerto de envidia.

¿Cómo va uno a discutir con una persona que tiene tales anhelos? En su desconcierto, la misma miss Amelia no parecía muy segura de lo que estaba diciendo:

—¿Que ha estado en el penal, primo Lymon? ¿Y eso, qué? Un viaje así no es como para darse importancia.

Durante aquellas semanas, todos observaban atentamente a miss Amelia. Andaba de un lado para otro con aire ausente, como si hubiera caído en uno de sus trances gripales. Quién sabe por qué, desde el día siguiente a la llegada de Marvin Macy dejó a un lado el mono y llevaba siempre el traje rojo que hasta entonces había reservado para los domingos, los funerales y las sesiones del juzgado. Después, al cabo de unas semanas, empezó a dar algunos pasos para aclarar la situación. Pero era difícil entender sus procedimientos. Si le dolía ver al primo Lymon siguiendo a Marvin Macy por el pueblo, ¿por qué no hablaba claro de una vez y le decía al jorobado que si le veía con Marvin Macy le echaría de su casa? Eso hubiera sido bien sencillo, y el primo Lymon hubiera tenido que someterse si no se quería ver en la triste alternativa de encontrarse abandonado en el mundo. Pero parecía que miss Amelia se había quedado sin voluntad; por primera vez en su vida no sabía qué camino tomar. Y, como suele ocurrir cuando se anda titubeando, hizo lo peor que podía hacer: tomar por varios caminos a la vez, unos en un sentido y otros en el sentido contrario.

El café se abría todas las noches, como de costumbre, y, cosa bastante extraña, cuando Marvin Macy entraba contoneándose, con el jorobado pegado a sus talones, miss Amelia no le echaba a la calle. Llegó hasta a darle de beber gratis y le sonreía de un modo raro y torvo. Y al mismo tiempo le había preparado en el pantano un cepo capaz de matarle si se quedaba atrapado en él. Dejó que el primo Lymon le invitara a comer un domingo, y cuando Marvin bajaba la escalera intentó echarle la zancadilla. Inició una gran campaña de diversiones en honor del primo Lymon, con giras exhaustivas a los más variados espectáculos en localidades lejanas; fueron en el automóvil a Chautauqua, a cincuenta kilómetros del pueblo, y le llevó a ver un desfile en Forks Falls. Total, que aquella temporada fue enloquecedora para miss Amelia. La mayor parte de la gente pensaba que miss Amelia se ponía en ridículo, y todo el mundo estaba esperando a ver cómo iba a terminar aquello.

Volvió el frío. El invierno se adueñó del pueblo y se hacía de noche antes de que terminara el trabajo en la fábrica. Los niños dormían con toda la ropa puesta, y las mujeres se levantaban las faldas por detrás para tostarse lánguidamente junto al fuego. Después de llover, el

barro de la calle formaba duros surcos helados; se veía el débil resplandor de las lámparas de las casas y los melocotoneros estaban deshojados. En aquellas noches de invierno, oscuras y silenciosas, el café era el punto central y cálido del pueblo, y sus luces brillaban tanto que se veían a medio kilómetro de distancia. Al fondo de la sala, la gran estufa de hierro rugía, crujía, se ponía al rojo vivo. Miss Amelia había hecho cortinas encarnadas para las ventanas y a un buhonero que pasó por el pueblo le había comprado un gran ramo de rosas de papel que casi parecían de verdad.

Pero no eran solo el calor, los adornos y la iluminación los que hacían al café tan preciso para el pueblo; había una razón más honda. Y aquella razón estaba relacionada con cierto orgullo que hasta entonces no se había conocido por aquí. Para comprender este nuevo orgullo hay que tener en cuenta el poco valor de la vida humana. Siempre había un montón de gente esperando junto a un molino, pero en las casas no tenían casi nunca carne suficiente, ni vestidos, ni tocino. La vida llegaba a convertirse en una larga y turbia rebatiña, solo para conseguir lo necesario para mantenerse vivos. Lo más desconcertante es que todas las cosas útiles tienen un precio y se compran

solo con dinero, y que así es como está organizado el mundo. Sin tener que pararse a pensar, ya sabe uno cuál es el precio de una bala de algodón o de un cuartillo de melaza. Pero a la vida de un hombre no se le ha puesto precio: nos la dan de balde y nos la quitan sin pagárnosla. ¿Qué valor puede tener? Si se pone uno a considerar, hay momentos en que parece que la vida tiene muy poco valor, o que no tiene ninguno. Cuántas veces, después de haber estado uno sudando, y esforzándose, y las cosas no se le arreglan, se le mete a uno en el fondo del alma el sentimiento de que no vale gran cosa.

Pero el nuevo orgullo que trajo el café a este pueblo se dejó sentir en casi todos los vecinos, hasta en los niños. Porque para ir al café no era necesario pagar la cena o un vaso de *whisky*. ¡Habían refrescos embotellados por un níquel! Y si no podía uno gastarse ni eso, miss Amelia tenía una bebida llamada zumo de cereza que valía un penique el vaso y era de color rosa y muy dulce. Casi todo el mundo, excepto el reverendo T. M. Willin, iba al café por lo menos una vez a la semana. A los niños les encanta dormir en casas ajenas y comer con los vecinos; en esas ocasiones se portan como es debido y se ponen orgullosos. Así de orgullosos se sentían los vecinos

del pueblo cuando se sentaban a las mesas del café. Se lavaban antes de ir donde miss Amelia y al entrar en el café se restregaban los pies muy finamente en el salón. Y allí, por lo menos durante unas horas, podía uno olvidar aquel sentimiento hondo y amargo de no valer para gran cosa en este mundo.

El café era un buen recurso para los solteros, los desgraciados y los tísicos. Y, por cierto, había cosas que hacían sospechar que el primo Lymon estaba tísico: el brillo de sus ojos grises, su terquedad, su charlatanería y su tos; todo aquello era mala señal. Además, ya se sabe que siempre tiene algo que ver el espinazo torcido con la tisis. Pero como le hablaran de eso a miss Amelia se ponía furiosa. Negaba aquellos síntomas con agria vehemencia, pero luego a escondidas le ponía al primo Lymon emplastos calientes en el pecho y le daba Kroup Kure y cosas así. Y aquel invierno la tos del jorobado había empeorado, y algunas veces, incluso en días fríos, rompía a sudar copiosamente. Pero aquello no le impedía andar constantemente pegado a los talones de Marvin Macy.

Todas las mañanas, muy temprano, el jorobado salía, se iba a la puerta trasera de la casa de la señora Hale y

allí se quedaba, aguarda que aguarda (pues Marvin Macy era muy dormilón). Se quedaba allí de pie llamándole bajito. Su voz era igual que las voces de los niños cuando se quedan agachados con mucha paciencia junto a esos agujeritos del suelo donde creen que viven las mariquitas, y hurgan en el agujero con una paja, canturreando:

«*Mariquita, mariquita,*
vete a tu casa volando,
sal afuera, mariquita,
que tu casa se ha prendido
y tus hijos se están quemando».

El jorobado llamaba todas las mañanas a Marvin Macy con aquella misma voz, a un tiempo triste, insinuante y resignada. Y cuando Marvin Macy salía, el jorobado le iba siguiendo por todo el pueblo, y algunas veces se marchaban juntos al pantano y se pasaban allí horas enteras.

Y miss Amelia seguía haciendo lo peor que podía hacer; es decir, que tomaba varios caminos a la vez. Cuando el primo Lymon salía de casa, no le llamaba para hacerle volver, sino que se quedaba allí sola en medio de

la calle mirándole hasta que se perdía de vista. Casi todas las noches volvía Marvin Macy con el primo Lymon a la hora de la cena y se sentaba a la mesa con ellos. Miss Amelia abría los tarros de peras en conserva y preparaba una buena cena con jamón o pollos, grandes fuentes de tortas de maíz y guisantes de invierno. También es verdad que una vez miss Amelia trató de envenenar a Marvin Macy; pero hubo una confusión, se equivocaron de plato y le tocó a ella la ración envenenada. En seguida se dio cuenta, al notar un ligero sabor amargo en la comida, y aquella noche se quedó sin cenar. Estuvo allí apoyada en el respaldo de la silla, tocándose el bíceps y mirando a Marvin Macy.

Marvin Macy iba todas las noches al café y se instalaba en la mesa mejor y más grande, la que estaba en el centro. El primo Lymon le traía el licor sin que Marvin tuviera que pagar un céntimo. Marvin Macy apartaba de un manotazo al jorobado, como si fuera un mosquito del pantano, y no solo no demostraba el menor agradecimiento por aquellos favores, sino que le daba al jorobado con el revés de la mano cada vez que se le ponía delante, o le decía:

—Quítate de mi vista, jorobeta, o te arranco el cuero cabelludo.

Cuando esto ocurría, miss Amelia salía de detrás del mostrador y se acercaba a Marvin Macy muy despacio, con los puños cerrados, y el extraño traje rojo le colgaba del modo más estrambótico en torno a las huesudas rodillas. Entonces Marvin Macy cerraba también los puños y se ponían a dar vueltas uno alrededor del otro, muy despacio y con aire amenazador. Pero, aunque todos se quedaban mirándoles sin atreverse a respirar, nunca pasaba nada. Todavía no había llegado la hora de la pelea.

Aquel invierno ocurrió algo insólito, y por eso todos lo recuerdan y hablan todavía de él; fue una cosa extraordinaria. Cuando los vecinos se levantaron el 2 de enero encontraron que el mundo entero se había transformado a su alrededor. Los niñitos inocentes miraron por las ventanas y se asustaron tanto que se echaron a llorar. Los viejos empezaron a revolver en sus recuerdos y no pudieron encontrar nada que en estas tierras se hubiera parecido a aquel fenómeno. Y es que había nevado por la noche. Durante las oscuras horas después de medianoche habían empezado a caer los leves

copos suavemente sobre el pueblo. Al amanecer, todo el campo estaba cubierto de aquella nieve extraña que encuadraba las vidrieras rojas de la iglesia y blanqueaba los tejados. El pueblo tenía un aspecto como sumergido y aterido. Las casitas de los obreros resultaban sucias, ruinosas, como si estuvieran a punto de derrumbarse; y todo parecía más oscuro y miserable. Pero la nieve, en cambio, tenía una belleza que pocas personas del pueblo habían visto antes. La nieve no era blanca, como decían los del norte; era de suaves tonos azules y plateados, y el cielo era de un gris claro y luminoso. Y aquella calma soñolienta de la nieve al caer… ¿Cuándo había estado el pueblo tan silencioso?

La gente reaccionó ante la nevada de modos muy distintos. Miss Amelia, al mirar por la ventana, movió pensativamente los dedos gordos de sus pies descalzos y se ciñó bien el cuello del camisón. Se quedó así un rato y luego empezó a cerrar las persianas de todas las ventanas. Cerró la casa por completo, encendió las lámparas y se sentó solemnemente a desayunar su tazón de avena. La razón no era que miss Amelia tuviese miedo de la nevada; sencillamente, se sentía incapaz de formarse una opinión inmediata del nuevo acontecimiento; y, cuando no sabía de un modo exacto y definitivo lo que pensaba

de una cosa (y esto ocurría con harta frecuencia), prefería no hacer caso de ella. Nunca había visto caer nieve por estas tierras, y nunca había pensado en la nieve de una forma o de otra; pero si admitía esta nevada iba a tener que llegar a alguna decisión y aquella temporada tenía ya demasiados quebraderos de cabeza. Así que se paseó por la casa sombría a la luz de las lámparas, pretendiendo que no había pasado nada. En cambio, el primo Lymon se alborotó muchísimo, y, cuando miss Amelia dio media vuelta para prepararle el desayuno, se escapó de la casa.

Marvin Macy empezó a darse importancia a costa de la nevada, y dijo que ya conocía la nieve, que la había visto en Atlanta, y por su manera de pasear aquel día por el pueblo parecía que era el dueño de todos y cada uno de los copos de nieve. Se burló de los niños que se asomaban tímidamente a las puertas de las casas y les alargó puñados de nieve para que la probasen. El reverendo Willin caminaba calle abajo presurosamente y con una cara feroz, porque estaba pensando profundamente y tratando de meter la nieve en su sermón del domingo. La mayor parte de la gente se sentía humilde y contenta ante aquella maravilla; y todos hablaban en voz baja y decían «muchas gracias» y «por favor» más de lo necesario.

Naturalmente, unas pocas almas flojas se desmoralizaron y se emborracharon, pero no fueron muchas. La nevada fue como una fiesta para todos, y algunos vecinos contaron su dinero y decidieron ir aquella noche al café.

El primo Lymon siguió a Marvin Macy todo el día, secundando sus alardes a propósito de la nieve; se maravillaba de que la nieve no cayera como la lluvia, y se quedó con la cabeza levantada mirando caer los copos leves y lentos, hasta que se tambaleó, mareado. Y ¡qué orgulloso se sentía dentro de la órbita de la gloria de Marvin Macy! Tanto, que muchas personas no pudieron evitar el gritarle: «Dijo la mosca en la rueda del carro: ¡Qué polvareda vamos levantando!». Miss Amelia no había pensado servir cenas, pero cuando a las seis se oyó ruido de pasos en el porche, abrió la puerta principal con cautela. Era Henry Ford Crimp, y aunque no había nada para comer, le dejó sentarse a una mesa y le sirvió de beber. Llegaron otros hombres. La tarde estaba azul, cortante, y aunque ya había dejado de nevar, soplaba un viento de los pinares que levantaba del suelo ligeros remolinos. El primo Lymon no volvió hasta la noche, y con él venía Marvin Macy llevando su maleta de hojalata y su guitarra.

—¿Te vas de viaje? —Le dijo miss Amelia muy deprisa.

Marvin Macy se calentó junto a la estufa. Después se sentó a su mesa y empezó a sacar punta a un palito con mucha calma. Se limpió los dientes, y a cada momento se sacaba el palito de la boca para mirarle la punta y luego lo limpiaba en la manga de su abrigo. No se molestó en contestar.

El jorobado miró a miss Amelia, que estaba detrás del mostrador. No parecía nada preocupado, sino muy seguro de sí mismo. Cruzó las manos a la espalda y levantó confiadamente las orejas. Tenía las mejillas encarnadas, los ojos brillantes y la ropa completamente mojada.

—Marvin Macy viene a quedarse con nosotros —dijo.

Miss Amelia no contestó. Tan solo salió de detrás del mostrador y se colocó junto a la estufa, como si la noticia le hubiera dado frío. No se calentaba la espalda con recato, levantándose las faldas un par de centímetros o así, como hacen todas las mujeres cuando hay gente delante; miss Amelia no tenía ni pizca de recato, y muchas veces se olvidaba por completo de que habían hombres allí. Ahora, mientras se calentaba, tenía el traje rojo tan

levantado por detrás que todo el que quisiera molestarse en mirar podía ver un trozo de su muslo, fuerte y velludo. Tenía la cabeza ladeada, y había empezado a hablar sola, cabeceando y arrugando la frente, y su voz era acusadora y llena de reproches, aunque no se entendían las palabras. Mientras tanto, el jorobado y Marvin Macy habían subido a la sala donde estaban las «hierbas de la Pampa» y las dos máquinas de coser, a las habitaciones donde miss Amelia había pasado toda su vida. Desde el café se les podía oír andando por allí arriba, instalando a Marvin Macy y deshaciendo su equipaje. Así es cómo se introdujo Marvin Macy en casa de miss Amelia. Al principio, el primo Lymon, que había cedido su cuarto a Marvin Macy, dormía en el sofá de la sala. Pero la nevada le había sentado mal; cogió un catarro que terminó en anginas, y miss Amelia le dejó su cama. El sofá de la sala era demasiado corto para ella; se le salían los pies por encima de los bordes, y se caía muchas veces al suelo. Seguramente fue la falta de sueño lo que le nubló la inteligencia; todo lo que intentaba hacer contra Marvin Macy se volvía contra ella. Caía en sus propias trampas y se encontró en situaciones muy lamentables. Pero aun así, no echaba a Marvin Macy de su casa, porque temía quedarse sola. Cuando se ha vivido alguna vez con otra

persona, es un tormento tener que vivir solos. El silencio de una habitación donde arde el fuego, cuando de pronto se para el tictac del reloj; las sombras obsesionantes de una casa vacía… Es preferible caer en manos de nuestro peor enemigo que enfrentarnos con el terror de vivir a solas.

La nieve no duró mucho. Salió el sol, y a los dos días el pueblo estaba igual que siempre. Miss Amelia no abrió su casa hasta que se derritió el último copo. Entonces se puso a hacer una limpieza general y sacó todas las cosas al sol. Pero antes de meterse a limpiar, lo primero que hizo al volver a salir al patio fue atar una cuerda a la rama más grande del cerezo chino. En el extremo de la cuerda ató un saquillo bien relleno de arena. Ese fue el *punching bag* que hizo para entrenarse, y, desde aquel día, todas las mañanas se dedicaba a boxear con él en el patio. Ya era una boxeadora muy buena; quizá fuera un tanto pesada de piernas, pero en cambio conocía todas las mañas y los trucos del boxeo.

Miss Amelia, como ya se ha dicho, medía más de un metro ochenta de estatura. Marvin Macy era dos centímetros más bajo. De peso estaban casi iguales: los

dos pesaban unos setenta y cinco kilos. Marvin Macy tenía la ventaja de su astucia de movimientos y de la dureza de su pecho. A primera vista se diría que él llevaba las de ganar. Sin embargo, casi todos los vecinos estaban apostando por miss Amelia. Los vecinos recordaban la gran pelea entre miss Amelia y un abogado de Forks Falls que había querido engañarla. Era un mocetón tremendo, pero cuando miss Amelia terminó con él estaba medio muerto. Y no habían sido solamente sus dotes de boxeadora lo que había impresionado a todo el mundo. Miss Amelia consiguió desmoralizar a su adversario poniendo unas caras tan horribles y haciendo unos ruidos tan impresionantes que hasta los espectadores se habían espantado. Era valiente, se entrenaba con aplicación con su *punching bag* y en el caso presente tenía toda la razón de su parte. Así que los vecinos confiaban en ella y esperaban. Desde luego, no se había fijado fecha para la pelea; solo estaban aquellas señales que eran demasiado claras para poder pasarlas por alto.

Aquella temporada, el jorobado andaba por allí con una carita maligna y satisfecha. Era listo, y metía cizaña entre miss Amelia y Marvin Macy de mil maneras disimuladas y astutas. Siempre estaba tirando de la pernera del pantalón de Marvin Macy para atraerse

su atención. Algunas veces seguía los pasos de miss Amelia, pero ahora solo lo hacía para imitar sus andares desgarbados: se ponía bizco y remedaba los gestos de ella de una forma que parecía que miss Amelia era un monstruo. Había algo tan terrible en aquellas imitaciones, que los parroquianos del café no se reían, ni siquiera los más tontos como Merlie Ryan. Tan solo Marvin Macy torcía la boca hacia la izquierda y cloqueaba. Cuando esto ocurría, miss Amelia se encontraba dividida entre dos emociones; dirigía al jorobado una extraviada mirada de reproche y desesperación, y luego se volvía hacia Marvin Macy con los dientes apretados.

—¡Así revientes! —decía amargamente.

Y entonces Marvin Macy solía coger su guitarra que estaba en el suelo junto a su silla y se ponía a cantar. Su voz era húmeda y pegajosa, porque siempre tenía demasiada saliva en la boca. Y las melodías que cantaba se le escurrían de la garganta como anguilas. Sus fuertes dedos pellizcaban las cuerdas con suave destreza, y cuando cantaba le hacía sentirse a uno fascinado y exasperado a la vez. Aquello era más de lo que miss Amelia podía soportar.

—¡Así revientes! —repetía, gritando.

Pero Marvin Macy tenía siempre una réplica a punto para ella. Ponía la mano sobre las cuerdas para apagar los sonidos que quedaban vibrando y contestaba con lenta y aplomada insolencia:

—¡Todo lo que me grites te pasará a ti! ¡Jo, jo!

Y miss Amelia se tenía que quedar allí desamparada, ya que nadie ha inventado nunca un remedio contra esta artimaña. No podía gritarle insultos que fueran a recaer luego sobre ella. La tenía cogida, no había nada que hacer.

Así iban las cosas. Nadie sabía qué pasaba entre ellos tres por las noches, en las habitaciones de arriba. Pero el café estaba cada noche más concurrido. Hubo que poner otra mesa. Hasta el ermitaño, el loco llamado Rainer Smith, que se había ido al pantano hacía muchos años, oyó hablar de lo que ocurría y fue una noche para mirar por la ventana la reunión del café iluminado. Y el momento cumbre todas las noches era cuando miss Amelia y Marvin Macy cerraban los puños, se ponían

frente a frente y se quedaban mirándose. Por lo general, esto no ocurría después de ninguna discusión, sino que parecía producirse de una manera misteriosa, por algún instinto de los dos. En esos momentos el café se quedaba tan silencioso que se podía oír cómo crujía el ramillete de rosas de papel con la corriente de los ventiladores. Y cada noche duraba aquella escena un poco más que la anterior.

La pelea tuvo lugar el Día del Topo, que es el 2 de febrero. El tiempo fue favorable, sin lluvia ni sol, con una temperatura mediana. Hubo varias señales de que aquel era el día fijado, y hacia las diez la noticia había corrido por todos los contornos. Por la mañana temprano, miss Amelia había salido y había cortado la cuerda de su *punching bag*. Marvin Macy se sentó en el escalón de atrás con una lata de grasa de cerdo entre las rodillas y empezó a embadurnarse cuidadosamente los brazos y las piernas. Un halcón con la pechuga ensangrentada voló sobre el pueblo y dio dos vueltas sobre la casa de miss Amelia. Sacaron las mesas del café al porche de atrás, de forma que todo el salón quedó despejado para la pelea. Estaban todas las señales.

Tanto miss Amelia como Marvin Macy se sirvieron cuatro raciones de asado medio crudo en la comida, y el resto de la tarde estuvieron echados para coger fuerzas. Marvin Macy se echó en el cuarto grande de arriba, y miss Amelia se tumbó sobre el banco de su oficina. Se veía claramente, por su cara blanca y tensa, qué tormento era para ella estar tumbada sin hacer nada, pero se quedó allí quieta y estirada como un cadáver, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho.

El primo Lymon no paró en todo el día, y su carita estaba sombría y tirante de pura excitación. Se preparó un bocadillo al mediodía y salió a buscar al topo. Volvió al cabo de una hora; se había comido el bocadillo y dijo que el topo había visto su sombra y que se preparaba mal tiempo. Luego, como lo mismo miss Amelia que Marvin Macy estaban descansando para coger fuerzas y nadie le hacía caso, se le ocurrió ponerse a pintar el porche delantero. La casa no había sido pintada desde hacía muchos años; en realidad, sabe Dios si la habían pintado alguna vez. El primo Lymon estuvo revolviendo por allí y al poco tiempo tenía pintada de un alegre color verde chillón la mitad del suelo del porche y embadurnada toda su persona. Y, cosa muy propia de él, antes de terminar el

suelo empezó con la pared y fue pintándola hasta donde alcanzaba y luego se subió a un canasto para llegar una cuarta más arriba. Cuando se le acabó la pintura, la parte derecha del suelo estaba verde brillante y había un trozo de pared pintado que acababa en una línea dentada. Allí abandonó el primo Lymon su obra.

Había algo infantil en su satisfacción con su pintura. Y a propósito de esto mencionaremos algo muy curioso: no había en el pueblo quien tuviera la menor idea de la edad del jorobado, ni siquiera miss Amelia. Algunos decían que cuando llegó al pueblo era todavía un niño de unos doce años; otros estaban seguros de que pasaba de los cuarenta. El jorobado tenía unos ojos azules y serenos como los de un niño, pero debajo de aquellos ojos se veían unas sombras violáceas que delataban la edad. Era imposible adivinar su edad por su extraño cuerpo deforme. Y tampoco por su dentadura se podía sacar nada en claro; todavía tenía todos los dientes (dos se habían roto al cascar una nuez), pero estaban tan manchados de tomar aquel polvo dulce, que era imposible saber si eran dientes jóvenes o dientes viejos. Cuando le preguntaban directamente su edad, el jorobado confesaba que no tenía la menor idea, no sabía cuántos años llevaba en este

mundo, si eran diez o si eran cien. Así que su edad seguía siendo un misterio.

El primo Lymon terminó de pintar a las cinco y media de la tarde. El día se había puesto frío y se notaba humedad en el aire. El viento venía de los pinares; golpeaba las ventanas y un periódico viejo pasó revoloteando calle abajo y al fin se quedó prendido en un árbol. Empezó a llegar gente del campo; automóviles abarrotados, con muchos niños que asomaban la cabeza por las ventanillas; carromatos tirados por mulas viejas que parecían sonreír con enojo y hastío y seguían arrastrando su carga con los ojos cansados y medio cerrados. De Society City llegaron tres jóvenes. Los tres iban con camisa amarilla de rayón y con las gorras echadas hacia atrás; eran tan parecidos como trillizos, y se les encontraba siempre en las peleas de gallos y en las fiestas camperas. A las seis, el silbato de la fábrica anunció la salida del trabajo y la multitud se completó. Naturalmente, entre los recién llegados había alguna gentuza, personas desconocidas y demás; pero, aun así, la gente estaba tranquila. Había en todo el pueblo un ambiente de expectación, y las caras de la gente resultaban extrañas a la luz del crepúsculo. La oscuridad fue cayendo poco a poco; el cielo estuvo un momento

amarillo pálido y claro, y sobre él se destacaban las líneas netas y oscuras de la iglesia; después se apagó lentamente, la oscuridad se fue concentrando y se hizo de noche.

El siete es número popular, y para miss Amelia en especial, era el número favorito: siete tragos de agua para el hipo, siete carreras alrededor de la alberca para la tortícolis, siete dosis de Purgante Milagroso Amelia para las lombrices… Sus tratamientos giraban casi siempre en torno a ese número. Es un número con las más variadas posibilidades, un número que tienen en gran estima todos aquellos que aman el misterio y la magia. Así que la pelea tenía que ser a las siete. Esto lo sabía todo el mundo y no porque se hubiera anunciado o hablado de ello, sino que se entendía sin necesidad de preguntarlo, lo mismo que se entiende la lluvia, o un mal olor que viene del pantano. Así que, antes de las siete, todo el mundo se concentró con aire grave alrededor de la casa de miss Amelia. Los más listos entraron en el café y se alinearon junto a las paredes. Otros se apiñaron en el porche delantero o se buscaron un sitio en el patio.

Miss Amelia y Marvin Macy no se habían dejado ver todavía. Miss Amelia, después de descansar toda la

tarde en el banco de la oficina, había subido al piso de arriba. Por su parte, el primo Lymon estaba por medio todo el tiempo, abriéndose camino entre la multitud, chasqueando los dedos nerviosamente y parpadeando. A las siete menos un minuto se deslizó en el café y se subió encima del mostrador. Reinaba un silencio absoluto.

Tenían que haberse puesto de acuerdo de algún modo; porque en cuanto dieron las siete apareció miss Amelia en lo alto de la escalera, y en el mismo instante se vio a Marvin Macy en la entrada del café. La multitud le abrió paso, en silencio. Se dirigieron el uno hacia el otro, sin prisa, con los puños ya apretados y la mirada absorta. Miss Amelia había cambiado el traje rojo por su viejo mono, que llevaba remangado hasta las rodillas. Iba descalza y llevaba una muñequera de hierro en el brazo derecho. Marvin Macy también se había remangado los pantalones; iba desnudo de cintura para arriba y muy embadurnado de grasa. Llevaba puestas las pesadas botas que le habían dado al salir del penal. Stumpy MacPhail se adelantó y les palpó los bolsillos de las caderas con la palma de la mano derecha para asegurarse de que no aparecerían navajas de improviso. Entonces se quedaron solos en el centro despejado del café, inundado de luz.

No se dio ninguna señal, pero los dos golpearon a la vez. Los dos golpes dieron en las barbillas, y las cabezas de miss Amelia y de Marvin Macy rebotaron hacia atrás y ambos se quedaron un poco atontados. Durante unos momentos después de los primeros golpes se contentaron con restregar los pies por el suelo, probando diferentes posturas y dando puñetazos al aire. Y de pronto se lanzaron el uno contra el otro como gatos salvajes. Se oían los puñetazos, los resoplidos y los golpes de los pies en el suelo. Eran tan rápidos que resultaba difícil seguir el curso de la pelea; pero una vez miss Amelia fue proyectada hacia atrás con tanta fuerza que se tambaleó y estuvo a punto de caer, y otra vez Marvin Macy recibió un golpe en el hombro que le hizo girar como una peonza. Y la pelea prosiguió de aquel modo salvaje y violento sin que ninguno de los dos diera muestras de debilidad.

Durante una lucha así, cuando los adversarios son tan rápidos y tan fuertes como aquellos dos, vale la pena dejar de mirar la confusión de la pelea y observar a los espectadores. La gente se había echado hacia atrás todo lo posible y se aplastaba contra las paredes. Stumpy MacPhail estaba en un rincón, encogido y con los puños apretados como los luchadores, y hacía ruidos extraños.

El pobre Merlie Ryan tenía la boca tan abierta que se le metió una mosca dentro y se la tragó antes de darse cuenta de nada. El primo Lymon era algo digno de verse: estaba todavía sobre el mostrador, de manera que quedaba muy por encima de todos los demás. Tenía las manos en las caderas, la cabezota echada hacia adelante y las piernecillas dobladas de forma que le sobresalían las rodillas. Estaba muy excitado y le temblaba la pálida boca.

Pasó media hora antes de que variara el curso de la pelea. Se habían cambiado cientos de golpes y hubo una corta pausa. Y de pronto Marvin Macy consiguió agarrar el brazo izquierdo de miss Amelia y se lo retorció detrás de la espalda. Miss Amelia se revolvió y atenazó a Marvin Macy por la cintura; ahora empezaba la verdadera lucha. La lucha libre es el modo natural de pelear en esta región; ya que el boxeo es demasiado rápido y hay que pensar y concentrarse mucho. Y ahora que miss Amelia y Marvin Macy estaban ya agarrados, la multitud salió de su arrobo y se apretó más cerca. Durante algún tiempo, los luchadores se ciñeron músculo contra músculo, con los huesos de las caderas estrechamente unidos. Así estuvieron moviéndose hacia adelante y hacia atrás, hacia un lado y hacia otro. Marvin Macy no había sudado todavía, pero el mono de miss Amelia estaba empapado y

se le escurría tanto sudor por las piernas que iba dejando las marcas húmedas de los pies en el suelo. Había llegado la hora de la prueba, y en aquellos momentos de esfuerzo tremendo, miss Amelia era la más fuerte. Marvin Macy estaba grasiento y escurridizo, y era difícil de agarrar, pero ella era la más fuerte. Le fue doblando poco a poco hacia atrás, y centímetro a centímetro, le abatía contra el suelo. Era algo terrible de ver, y en todo el café no se oían más que sus respiraciones jadeantes. Al fin, le derribó y montó a horcajadas encima de él, y sus manos grandes y fuertes estaban sobre la garganta del hombre.

Pero en aquel momento, justo cuando la pelea estaba ganada, se oyó en el café un grito que hizo que un estremecimiento recorriera todas las espaldas. Y lo que pasó ha sido un misterio desde entonces. Todo el pueblo estaba allí para dar testimonio de lo ocurrido, pero hubo quien dudó de sus propios ojos. Porque el mostrador donde estaba subido el primo Lymon se hallaba por lo menos a tres metros y medio de los que luchaban en el centro del café. Pero en el momento en que miss Amelia agarraba la garganta de Marvin Macy, el jorobado saltó hacia adelante y cruzó por el aire como si le hubieran nacido alas de halcón. Aterrizó sobre la ancha y fuerte espalda de miss Amelia y le apretó el cuello con sus deditos como garras.

El resto es una pura confusión. Miss Amelia fue vencida antes de que la multitud pudiera recobrarse. Gracias al jorobado, Marvin Macy ganó la pelea; al final, miss Amelia yacía despatarrada en el suelo, con los brazos y las piernas extendidos, y sin sentido. Marvin Macy se irguió sobre ella, con la cara un tanto congestionada, pero sonriendo con su media sonrisa de siempre. Y en cuanto al jorobado, había desaparecido de repente. Quizá estaba asustado de lo que había hecho, o tal vez estaba tan encantado que quería saborear su alegría a solas; en todo caso, se escabulló fuera del café y se hizo un ovillo debajo de los escalones de atrás. Alguien echó agua encima de miss Amelia, que al cabo de un rato se levantó despacio y se arrastró hacia su oficina. La gente la veía a través de la puerta abierta, sentada a su mesa de trabajo, con la cabeza apoyada en el brazo, sollozando con su último resuello. Luego apretó el puño derecho y dio tres golpes con él sobre la mesa, y después su mano se abrió débilmente y se quedó quieta, con la palma hacia arriba. Stumpy MacPhail se adelantó y cerró la puerta.

Los espectadores estaban tranquilos y salieron del café uno por uno. Despertaron y desataron a las mulas, dieron la vuelta a los automóviles, y los tres jóvenes de

Society City se fueron a pie, camino abajo. Aquella no había sido de esas peleas que se comentan después; la gente volvió a sus casas y se metió en la cama. El pueblo se quedó oscuro, menos la casa de miss Amelia, pues allí hubo luz en todas las habitaciones durante toda la noche.

Marvin Macy y el jorobado debieron abandonar el pueblo una hora o así antes del amanecer. Y he aquí lo que hicieron antes de marcharse: abrieron la vitrina de los tesoros y se llevaron todo lo que contenía. Rompieron la pianola.

Grabaron con las navajas palabrotas horribles en las mesas del café. Encontraron el reloj que se abría por detrás y se veían unas cataratas, y también se lo llevaron.

Derramaron una garrafa de melaza por toda la cocina y rompieron los tarros de conservas.

Se fueron al pantano, destruyeron la destilería, estropearon el gran condensador nuevo y el frigorífico y después prendieron fuego a la cabaña.

Prepararon una fuente con el manjar predilecto de miss Amelia, maíz frito con salchichas, lo aderezaron con una cantidad de veneno capaz de matar a todo el

condado y colocaron la fuente tentadoramente en el mostrador del café.

Hicieron todo el daño que les pasó por la cabeza, sin entrar en la oficina donde miss Amelia pasó la noche. Y después se marcharon juntos.

Así fue cómo miss Amelia se quedó sola en el pueblo. Los vecinos la hubieran ayudado de haber sabido cómo hacerlo, ya que la gente de este pueblo suele ser amable cuando se presenta la ocasión. Algunas amas de casa aparecieron por allí con escobas y se ofrecieron para limpiar los estropicios. Pero miss Amelia solo se las quedó mirando con sus ojos bizcos y perdidos y movió la cabeza. Stumpy MacPhail entró en el café al tercer día para comprar un torcido de tabaco *Queenie*, y miss Amelia dijo que el precio era un dólar. Todo lo del café había subido de repente a un dólar, y ¿qué clase de café es ese? También como médico cambió miss Amelia de un modo muy raro. En todos los años anteriores había sido mucho más popular que el médico de Cheehaw. Nunca se ensañaba con el alma de sus pacientes prohibiéndoles cosas tan necesarias como el alcohol, el tabaco y todo eso. Alguna vez, muy de tarde en tarde, podía advertir cuidadosamente a un paciente que no comiera nunca sandía frita o algún plato, así que en principio a nadie se le

hubiera ocurrido tomar. Pero ahora se habían terminado ya aquellas inteligentes curas. A la mitad de sus pacientes les dijo que estaban para morirse de un momento a otro; y a la otra mitad les recomendó unos tratamientos tan difíciles y terribles que nadie en su sano juicio podía tomarlos en serio ni por un momento.

Miss Amelia dejó que el pelo le creciese como una maraña, y estaba encaneciendo. Su cara se alargó, los grandes músculos de su cuerpo se relajaron hasta que se quedó delgada con esa delgadez de las solteronas que se vuelven chifladas. Y aquellos ojos grises… poco a poco, día a día, iban estando más bizcos, y parecía que se buscaban el uno al otro para lanzarse una miradita de congoja y amistad. No era agradable oírla: su lengua se había afilado de un modo terrible.

Si alguien aludía al jorobado, miss Amelia solo decía lo siguiente:

—¡Ah, si pudiera ponerle la mano encima, le arrancaría la joroba y se la echaría al gato!

Pero no eran tan terribles sus palabras como la voz con que las pronunciaba. Su voz había perdido el

antiguo vigor; no quedaba ningún rastro de aquel tono de venganza que solía tener cuando hablaba de «ese remiendatelares con el que me casé», o de algún otro enemigo. Su voz era rota, suave, y tan triste como el resoplido quejumbroso del armonio de la iglesia.

Durante tres años estuvo sentándose todas las noches en los escalones de delante, sola y en silencio, mirando hacia el camino y esperando. Pero el jorobado nunca volvió. Corrían rumores de que Marvin Macy le utilizaba para saltar por las ventanas y robar, y también se decía que Marvin Macy le había vendido para una feria. Pero aquellas dos noticias provenían de Merlie Ryan, que nunca ha dicho una palabra que sea verdad. Al cabo de cuatro años, miss Amelia se trajo un carpintero de Cheehaw y le hizo atrancar su casa, y desde entonces ha permanecido allí en aquellas habitaciones cerradas.

Sí, el pueblo es lúgubre. En las tardes de agosto la calle está vacía, blanca de polvo, y allá arriba el cielo es brillante como cristal. Nada se mueve. No se oyen voces de niños, solo el zumbido del molino. Los melocotoneros parece que se tuercen más cada verano, y sus hojas son de un gris apagado y de una levedad enfermiza. La casa de miss Amelia se inclina tanto hacia la derecha que ya es solo cuestión de tiempo el que se caiga del todo, y la

gente tiene cuidado de no pasar por el patio. En el pueblo no se puede comprar buen licor; la destilería más cercana está a doce kilómetros, y el licor de allí es tan malo que a quienes lo beben les salen en el hígado unas verrugas como puños y caen en peligrosos ensueños interiores.

No hay absolutamente nada que hacer en el pueblo: dar la vuelta a la alberca, quedarse dando patadas a un tronco podrido, pensar qué puede uno hacer con la rueda de carro vieja que está a un lado del camino, junto a la iglesia. El alma se pone enferma de aburrimiento. También puede uno bajar a la carretera de Forks Falls a ver la cuerda de presos.

LOS DOCE MORTALES

La carretera de Forks Falls se encuentra a cinco kilómetros del pueblo, y allí ha estado trabajando la cuerda de presos. La carretera es de asfalto, y el condado ha decidido rellenar los baches y ensancharla en cierto paso peligroso. La cuadrilla está compuesta por doce hombres, todos vestidos con el traje de presidiarios, a rayas blancas y negras, y todos encadenados por los tobillos. Hay un guardián que lleva un fusil, y sus ojos no son más que unas rajas encarnadas, a causa de la luz. La cuadrilla trabaja todo el día; los presos llegan amontonados en el coche de la cárcel poco después del alba, y se los llevan otra vez en el gris crepúsculo de agosto. Todo el día se oye el sonido de los picos que golpean en la tierra caliza, todo el día hace un sol duro y huele a sudor. Y todos los días hay música. Una voz oscura inicia una frase, medio cantada, como una pregunta. Y al cabo de un momento se le une otra voz, y luego empiezan a cantar todos los presos. Las voces son sombrías en la luz dorada, la música es una intrincada mezcla de tristeza y de gozo. La música va creciendo hasta que al fin parece que el sonido no proviene de los doce hombres encadenados, sino de la tierra misma o del ancho firmamento. Es una música que

ensancha el corazón, que estremece de éxtasis y temor a quien la escucha. Y después, poco a poco, la música va cayendo hasta que al final queda una sola voz, luego un respirar bronco, el sol y el golpear de los picos en el silencio.

¿Quiénes son estos hombres, capaces de hacer una música así? Solo doce mortales, siete chicos negros y cinco chicos blancos de este condado. Solo doce mortales que están juntos.

BRET HA

“A la gente, cuando no es completamente tonta o está muy enferma, no se la puede coger y convertir de la noche a la mañana en algo más provechoso...

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE
LIMA